

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves, 13 Agosto 1914.-Número 33.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 898
BUENOS AIRES

Situación difícil

Los periódicos semanales tocamos en estos momentos grandes dificultades para mantener el interés del público. La guerra absorbe toda la atención, como es lógico que sea, y de la guerra sólo podemos ocuparnos en abstracto. La noticia inmediata, palpitante, viva, nos está vedada en absoluto. La dada ayer pierde parte de su importancia hoy, y la de la mañana queda anulada por la de la noche. Esto sin contar con que muchas de ellas son desmentidas.

Sin embargo de esto, EL MOTÍN publicará todas las semanas un ligero resumen de las noticias confirmadas. Es lo más que puede ofrecer.

De otros asuntos, no hay para qué hablar. Ante el de la guerra, todos carecen de importancia.

¿Qué hacer, pues, para que EL MOTÍN, ya que no pueda satisfacer justas curiosidades, no aburra al menos? Lo único que se me ha ocurrido, es no publicar escritos que achiquen ó entenebrezcan los espíritus más de lo que están.

¿Protestar de la barbarie de la civilización? Bien. ¿Demostrar la ineffecticia de las religiones para anular los instintos de la bestia humana? Mejor. ¿Patentizar que la práctica desacredita muchas teorías nobles y humanitarias? Magnífico.

Fuera de estos temas, lo repito: no publicaré nada que lleve sombras á los cerebros ni angustia á los corazones.

Si la tristeza sin interrupciones remediase el mal ó lo aminorase por lo menos, necio sería intentar distraerla. ¿Necio digo? Criminal. Pero como la tristeza, al amenguar la energía, deprime el ánimo, imposibilitando al hombre para buscar y poner en práctica soluciones salvadoras, bien venido el rayo de luz que disipe la sombra, aunque sea á paso de relámpago.

En cambio, reproduciré algunos de los hermosos trabajos que los demás colegas publican, en la seguridad de que cuento con su beneplácito.

La Madre Francia

El hado implacable ha desplegado sus negras alas en el plácido cielo de la bendita Francia, cuna del

progreso, tierra-santa de la libertad, templo de la ciencia, baluarte de la paz del mundo, hermana mayor y tutora de los pueblos latinos. El genio del mal ha desencadenado contra ella las furias devastadoras, sembrando el espanto y poniendo en fuga precipitada á sus pacíficos moradores.

¡Francia!

Patria de los espíritus libres;

Patria de las almas nobles;

Patria de los amantes de la redención;

Maestra de los pueblos modernos;

Portaestandarte de la paz del mundo;

Corazón de Europa;

Alma de los pueblos latinos;

Honra de la Humanidad;

Casa-solariega de la Justicia;

Norte de las naciones que buscan orientación en la senda de la vida;

Asilo de los perseguidos;

Protectora de los débiles;

Amazona de la civilización.

¡Santa Francia!

¡Francia adorable!

¡Francia mártir!

Contigo padecen todas las almas que en ti viven;

Todos los que te admiran;

Todos los que te bendicen;

Todos los que te proclaman grande.

Grande en todo; aun en la desgracia.

¡QUAND MÉME!!

¡Siempre grande!

La voz de la Patria

El Ejército Español, admirado, y con razón, del ejemplo que han dado los pueblos europeos, acudiendo como un solo hombre al cumplimiento de su deber patriótico, escribe un hermoso artículo con el título que éste lleva, y en el que, después de enumerar nación por nación lo que todas han realizado y realizan, dice:

«Para unas naciones la guerra es defensiva, pero para otras es ofensiva, y el entusiasmo es igual en todas partes. Ya no hay diferencias políticas: ya no hay partidos; ya no hay más que patriotas que acuden á las armas, en cumplimiento de un fin histórico, de una ley de la vida.

Es una guerra que arruinará á todos, vencedores y vencidos; es una

guerra que costará mucha sangre; es una guerra de la que tardarán en cicatrizar las heridas lustros y décadas.

No influye ninguna de estas consideraciones en los pueblos combatientes. Todos empuñan el fusil con entusiasmo, todos ofrecen su vida y su hacienda. Lo mismo el industrial belga, que el francés soñador, que el inglés mercantilista, que el alemán filósofo.

Cada uno pone su carácter, su temperamento, al servicio de su país, y con su distintivo marcha al campo de batalla.

¿Qué fuerza motriz impulsa á tantos millones de hombres? ¿Por qué no importa á las oleadas de entusiasmo el cielo plomizo de Londres, ni las estepas rusas, ni el Danubio cantado por los poetas, ni el gran centro mundano de París?

¡Ah!, es que el hombre tiene en todas las latitudes un denominador común: el sentimiento patriótico. Ahora es la voz de la Patria la que ha congregado á todos. Cada uno siente en su pecho los latidos de tan hermoso sentimiento. Pelean unos porque su patria se engrandezca, otros porque no se merme la suya. Todos convergen al campo de batalla, invocando un mismo deber.

¡Santa virtud y soberano sentimiento que así domina á las multitudes, y á cuyo poderoso conjuro se concluyen diferencias de clases y de credos!

¡Cuán hermosa es la patria!»

Sí, sí, conformes. La Patria es hermosa.

Jamás me sumé á los que combaten el sentimiento patriótico, inspirador y ejecutor de tantas acciones grandes. Pero confieso que si algo pudiera en mí entibiarlo, sería lo que actualmente veo: que lo mismo se aplica al ataque injusto que á la defensa obligada; á garantizar el derecho, que á vulnerarlo; á servir la justicia, que á hollarla. Y sentimiento que produce efectos tan diversos, acaso mereciera mejor llamarse instinto.

Y voy más allá. Si luchar por la patria es digno de alabanza, aun en el caso de que la patria atropelle los derechos de otro pueblo, admiremos á los marroquíes que se oponen á nuestro avance en su patria; y como no debe combatirse lo que se admira, retirémonos de allí, no sin

fusilar antes por antipatriotas á los uoros que á nuestro lado luchan contra sus hermanos.

¿Que lo que ocurre hoy, ocurrió ayer? Lo sé. ¿Y que lo mismo ocurrirá mañana? Lo supongo. No soy de los que admiten la posibilidad de paraísos sin serpiente. La civilización no modifica sino aparentemente los sentimientos. En este punto corre parejas con la religión: sólo sirve para enseñar al gato humano á esconder las uñas.

¿En qué se diferencian los gritos que lanzan los diversos Estados de la Europa civilizada al precipitarse unos contra otros, de los que lanzan los rifeños al acometernos? En la fonética únicamente. Casquete de plumas ó casco con penacho, ¿qué más da? Hacha de sílex, ó cañón de centenares de toneladas ¿acaso no tienden á igual fin, exterminar al que deseamos despojar?... ¿Para qué engañarnos entonces atribuyendo á un mismo sentimiento, el de la Patria, efectos tan contrarios como el de dar la muerte ó defender la vida? Si ante el sacrificio son iguales, ¿pueden compararse en cuanto á la razón y la justicia, sentimientos á que debe preferentemente ajustarse sus acciones todo hombre civilizado?

Al pensar que cada una de las llamadas especies inferiores conserva incólumes sus cualidades distintivas, y que el hombre no ha perdido tampoco la de exterminar al hombre sin reparar en medios, siempre que cree hallar un bien ó evitar un mal, me invade la duda de si permanecerá así hasta que la raza desaparezca; y de si, cuando ya no queden más que dos hombres sobre el planeta, el uno matará al otro, como dicen los católicos que ocurrió cuando sólo estaba ocupado por tres; duda que desecho inmediatamente, para no caer en el escepticismo hacia el que empujan hoy á la Humanidad los que, tenidos hasta ahora por cultos y civilizados, eclipsan las barbaries todas de la leyenda y de la Historia, invocando ese noble sentimiento de la Patria tan soberbiamente descrito por *El Ejército Español*, querido colega del que disiento pocas veces; con tal desapasionamiento sostiene sus convicciones y con tal independencia defiende lo que cree justo.

JOSÉ NAKENS

¿Que se asome el Nuncio!

Hace años que se nos está excitando constantemente á que nos asomemos á Europa, y nosotros haciéndonos los remolones. ¿Si oleríamos la que se estaba tramando? ¿Si tendríamos más talento del que nos conceden los que hacia Europa nos empujaban?

No lo sé, pero sí que en este momento no hay manera de asomarse, sin exponerse á que le rompan á uno algo, tire por donde quiera.

Alemania, Austria, Francia, Rusia, Inglaterra, Bélgica, Servia, Montenegro rompiéndose el alma

por arriba,
por abajo
por delante
y por detrás,

lo mismo en la tierra, que en el agua, que en el aire; y *aún más* debajo de la tierra con las minas, y debajo del agua con los submarinos. ¡Cualquiera se asoma á la cuna de la civilización moderna, sin exponerse á que le abran la sepultura! Y con la agravante de que sea en medio del campo, para que los filantrópicos lobos (hasta los lobos me resultan ahora filantrópicos comparados con los europeos) se propinen un modesto festín.

Quietecitos, pues, en nuestro modesto, aunque poco civilizado rincón español, entendiéndonos con los moritos, que algunos consideran menos civilizados que nosotros.

Y cuando alguien nos aconseje *asomarnos á Europa*, contestémosle en la peor forma posible: ¡Vaya usted! si es que no preferimos mandarle á... (Taparse las narices mientras pasa la palabra.)

Pues una Europa donde la nación que presumía de más civilizada ha promovido la catástrofe espantosa que presenciamos, bate el record de la barbarie con todas las naciones que han existido desde que el mundo es mundo.

POR TIERRAS DE VALENCIA

Lo que se ve y lo que no se ve

1897-1914

¡Lo que va de ayer á hoy!...

La queja es universal: los de allá, como los de fuera, están acordes en la misma lamentable exclamación: ¡Quién lo dijera, que el clericalismo abatido en el siglo XIX pudiese levantar cabeza en el siglo XX, hasta el extremo de ofrecer al público los espectáculos de alharacas y asonadas que á diario se producen, sin excluir el asesinato!...

Ayer... el clericalismo vivía de la tolerancia de los adversarios. Hoy... alardea de ser él quien tolera, con lástima, al liberalismo. ¡Qué retroceso! dicen á la una los observadores. ¡Cuánta reacción clerical!...

La historia de este vaivén, es de todos conocida en sus puntos culminantes: no hay por qué renovarla. La crítica de los hechos, puede excusarse. No busquemos cinco pies al gato... Entre todos la matamos y ella sola se murió.

Las causas, sin embargo, pueden reducirse á dos: la desorganización de las fuerzas democráticas y la reorganización de los clericales. El *vis unita fortior*, adoptado por los unos, y el *dividete* y *serás ven-*

cido practicado por los otros. Si los bandos respectivos han aumentado ó no el número de adeptos, es cosa por ver. Quizás el aumento esté en favor de las izquierdas: pero ¡ay! lo de los gallegos del cuento: eran doscientos, é iban solos todos. De contrarios les iban vapuleando uno tras otro, y dos unidos daban cuenta de doscientos desunidos.

No se trata, pues, de un fenómeno de número de individuos, sino de vitalidad y de vida colectiva. La división produjo la derrota: la derrota produjo el desaliento en los vencidos y el envanecimiento en los vencedores: el desaliento produjo el marasmo, y el marasmo produce la presente situación.

Otro factor ha habido considerable: la protección y favor de los gobiernos, que no es ya disimulable. El llamado carlismo ó jaimismo cuya composición y contextura no es fácil de ver; se cree dueño de la calle, y viene á constituir una especie de *Estado irregular* á la sombra del «Estado civil», que actúa y manobra con acuerdo de éste y sin que éste aparezca responsable. Es un caso del «Estado jesuítico». El pacto entre el Gobierno y el jaimismo no se publica en la *Gaceta*; es valor entendido: se procede por contraseñas. El Gobierno se hace juez aparente de los actos del jaimismo y lo absuelve de antemano. Maura aplicaría á esta compostura, la calificación que da á las supuestas composturas del Gobierno liberal con las izquierdas. El jaimismo es, por tanto, un organismo oficioso de la dinastía. Tal están, al presente, las cosas.

Mas no hay que morirse de pena por esto. Tal estado es lo aparente y superficial; en el subsuelo de la conciencia pública quizás las cosas sigan un rumbo contrario. Las erupciones cutáneas pueden ser expulsiones insanas producidas por el predominio de los elementos sanos en el interior del organismo. Sin duda la erupción acusa y constituye un estado patológico, pero el médico no se contenta con estudiar la erupción en sus efectos físicos; analiza los humores, busca su constitución química y el origen de su composición. Hemos dicho antes «lo que se llama jaimismo». El nombre á veces no hace á la cosa; y en eso del jaimismo hay que distinguir lo que tiene de sustancial y permanente y lo que tiene de accidental y de adherido.

Ladrón soy de casa y sé á qué atenerme.

Este «jaimismo» actual es un fenómeno circunstancial. Su raíz es de antaño; su estallido es de ogaño. El estallido se lo ha dado el clericalismo ó si se quiere el frailismo. El iniciador de los modernos requetés fué un fraile claretiano. Siguiéronle luego los jesuitas, los escolapios y los demás; y con todos ellos se «compuso» el actual jaimismo.

Este frailismo es nuevo en el jaimismo. Es como la yedra enroscada al árbol. De lejos parece un mismo ser, y sin embargo son dos seres distintos y aun enemigos.

El jaimismo es por su naturaleza, anti clerical de pura cepa y por atavismo añejo. Hay que recordarlo. Hay que recordar á Carlos III con su puntapié á los jesuitas; á la monarquía española en su lucha con la Curia romana; á Carlos V con su saco de Roma; á Fernando el Católico mandando ahorcar al legado del Papa; á Cisneros vapuleando sin piedad á la frailería de su tiempo.

No hay que olvidar esto. La esencia del jaimismo puro y sin mota, es al Regalismo; y el Regalismo es... todo lo contra-

de la Iglesia romana. Esta, a Esta do hácelo instrumento de la Iglesia: aquél hacia de la Iglesia un instrumento del Estado.

El jaimismo lleva esta savia tráfida de la tradición... San Pedro queda con las naves del cielo, pero no se le permite usarlas como gancha para abrir las arcas de la tierra, y si lo intenta se le trata como radión que clvida su oficio de Pontífice: como industrial que abandona su misión apostólica.

Ya hay lamentos de ese choque. Sin duda Melia, Llorens y Simó se creen superiores al obispo más pintado y al más gaudioso jesuita. Sin duda, el último regente de convento y el último peafustán de sacristía se creen superiores a Simó, Llorens, Melia y al propio D. Jaime, a quienes consideran simples instrumentos circunstanciales.

He aquí la síntesis absoluta, real, aunque latente. Este antagonismo latente en las vísceras internas estallará tarde o temprano. El árbol y la yedra lucharán. El uno sucumbirá abarcado por el otro.

El jaimismo sabe esto. Sabe que esta yedra hasta antes de 1909 vivió del árbol y savia de la dinastía clerical; sabe que el jaimismo es su gran enemigo; que entre ambos existe el abismo de la expulsión afrentosa y el juramento de venganza; sabe que el clericalismo traidor a su causa, y la volverá a traicionar cuando convenga. La lucha se producirá.

No debe, pues, olvidarse esto. El jaimismo no lleva una savia anticlerical añeja: se compone con el clero, pero odia al clericalismo y la ingerencia del clero en lo que no le importa. Esto es el tronco. Lo otro es la yedra.

El clericalismo no podía formar sus banderas con su título: no podía organizar un requeté jesuita, o eclesiástico o frailelunc. Por esto buscó al jaimismo y se enroscó a él, y al presente lo cubre.

Pero en realidad lo chupa y devora, y trata de clericalizarlo, de frailelizarlo y de ajeuitarlo. Lo cultiva para chuparlo. No puede él levantarse de la tierra por falta de tronco: es trepadera miserable; necesita la robustez ajena para encaramarse... He aquí el fenómeno. Hoy están unidos, pero de un momento a otro estallará entre ellos la lucha. Cuando la primera raíz clerical llegue al meollo del tronco y to que el haz sensible.

¿Cuándo? Cuando menos se piense. Cuando el jaimismo se crea bastante vigoroso para ostentarse de por sí, o cuando el clericalismo quiera arrojarse a su aniquilamiento. Esto puede ser tarde o puede ser pronto.

Pero será así, si una revolución nacional no les quita la razón de ser a ambos.

Por esto, la organización actual de la reacción en Valencia es efímera y no sustancial: la unidad es aparente y momentánea: en el espíritu llevan la enemistad, que crece a proporción del incremento del organismo.

Es decir: dentro del jaimismo, como dentro de todos los partidos, existen la derecha y la izquierda.

El *coadjutor* de la Compañía, ciego, inconstante e instrumental, y el *político* consciente del programa, de la historia y del destino colectivo de los países.

El uno, que se mueve por sí mismo el impulso clerical, sin saber por qué ni para qué; el otro que mira al porvenir y trata de adaptarse a él.

La reacción valenciana, así compuesta, en estos momentos debe su predominio a estos dos elementos extraños al jaimismo: el clerical y el dinástico. Llámase a esto reacción de las derechas. Mas no se olvide: dentro de ella hay una izquierda, de germen anticlerical y pronuncia dísimo, y que se halla en gestación.

Tal reacción, no es perdurable. Lleva la muerte dentro de sí misma.

S. PEY ORDEIX

La caricatura

Revisando papeles, he tropezado con la graciosísima lámina que va en este número, publicada en 1890 por *La Campana de Gracia*.

Y consecuente con mi propósito de no añadir en estos momentos sombras a las tinieblas, la reproduzco para ver si arranco a mis lectores una leve sonrisa, contando con que no lo llevará a mal el veterano colega, que acaso no se acuerde ya de esa lámina; tantas notabilísimas ha publicado.

No puede darse manera más expresiva y acabada de demostrar que la sangre torera hierve en las venas de todos los españoles, incluso los que a la carrera eclesiástica se dedican.

Anti-bélica

Si esta conflagración europea fuese la última, ojalá mañana estallase mortífera, y al día siguiente, la tristeza del mundo, cubierto de cadáveres, la graznaran los cuervos y los buitres. Para siempre habría concluido el más terrible azote de la humanidad. Los hombres venideros trabajarían con fe. Su labor tendría eficacia. Avanzaría la humanidad amparada por un espíritu fraterno. Su obra sería sólida, buena, inteligente, surgida de entre lo bello y lo útil. Maldita la guerra, que embaraza el progreso, que entierra el amor, que inhumaniza, con su natural cortejo la destrucción, la crueldad, el odio, la venganza.

La guerra acusa una anormalidad en la salud del cuerpo social; fiebre alta, locura furiosa. Acabe de una vez para siempre, espantosa, trágica horrible, llevando angustia al ánimo sólo al conocer los detalles episódicos: pero acabe la guerra de una vez, como acabó la trata de negros, el tormento, la inquisición, el feudalismo... todo suplicio, obligación forzada, dolor impuesto. Acabe y desaparezca por noble vencimiento de la cultura y el altruismo. Que la vida sea la paz y los hombres del porvenir, cuando examinen la Historia, al estudiar la guerra tengan para

nuestras generaciones pasadas y presente esta frase:

—¡Aquellos bárbaros!...

JOSÉ ALÍUS

Imperio en quiebra

La matanza empezó. Las grandes potencias europeas se apresuran a borrar sus fronteras con sangre, para rectificarlas y ensancharlas en beneficio propio. Los románticos del porvenir soñábamos con difuminar esas fronteras hasta desvanecerlas, por obra del amor. Los románticos del pasado las violan, convirtiéndolas en sepulturas.

A la hora actual, miles y miles de hombres estarán pudriéndose al sol, deshiliándose bajo la lluvia, agujereando las tinieblas con sus rigideces macabras, frente a los mojoneros con que la Geografía política emborriona el mapa de la humana fraternidad.

La guerra triunfa. El horrible cinematógrafo, impresionado sobre un manchazo rojo, con figuras de carne y hueso, va a desfilarse ante las pupilas del mundo entre humos de pólvora, choque de aceros y estampidos broncos de cañón.

Nunca, como ahora, se ofreció encima de la tierra y en la superficie del mar espectáculo de carnicería tan completo.

Pero aun así y todo, si este espectáculo representa, por lo que es y por la época en que se realiza, una monstruosidad, no constituye una novedad.

Para vergüenza de la especie, la hegemonía carnícora corresponde al hombre en la tierra y en las aguas.

Las bestias feroces han sido unánimes a reconocer esa hegemonía, a ceder al animal humano la preeminencia exterminadora en montañas y valles, en las playas que limitan los mares y en las olas que los coronan con su espuma.

Tigres, leones, jaguares, chacales y panteras, avergonzados de su inferioridad, retrocedieron ante el hombre y fueron a esconderse en los rincones últimos del planeta, en los bosques murados por vegetaciones salvajes, en los picachos montañosos, en los hielos de la región polar.

¿Qué significaban ellos, modestos zarpeadores y engullidores de víctimas, necesarias a su alimentación, comparados con las multitudes humanas que talaban campos, destruían ciudades y mataban por miles de miles a sus prójimos?

Nada ó casi nada: fierrecillas de poco más ó menos.

En el mar ocurrió lo propio. Los monstruos de presa se declararon incapaces de competir con los mon-

truos de acero que tajan las aguas, llevando á donde les place el terror y la muerte, con los que, por bajo de las aguas, realizan igual faena.

Junto á nn acorazado, el tiburón es la propia bondad; junto á un torpedero, ¿qué puede pintar el gimnoto?

Convencidos de su insignificancia, gimnotos y escualos ofician vergonzantemente «de ocultis». La matanza franca, á plena luz, pertenece á los otros monstruos, á los inventados por el hombre.

Ya en tierra y mar hemos presenciado tragedias á la de hoy semejantes que justifican la ruborosa timidez de los animales feroces.

Pero en la de hoy hay personajes nuevos, monstruos de última hornada, que arrebatarán á las bestias de presa el único imperio que tenían: el imperio del aire.

Aún se juzgaban déspotas en él el condor, el águila y el buitre; aún eran reyezuelos, de más ó de menos cuantía, cernícalos, milanos, jerifaltes, garceros, azores y neblies.

Cierto que aeroplanos y dirigibles surcaban la atmósfera, con gran asombro de estas aves; pero lo hacían como pajarotes pacíficos, sin establecer competencias con los carnívoros alados. Seguros se juzgaban ellos en el disfrute de su soberanía.

¡Infelices rapiñadores! Pronto les llega el desengaño.

¿De qué podrá enorgullirse el condor cuando alce un buey entre sus garras, si contempla las proezas de un «Zeppelin», asolando á golpe de bomba una ciudad? ¿De qué un águila haciendo presa en un cordeiro, junto á un «Astra» ó un «Parceval» diezmadores de ejércitos? ¿De qué los rapaces menores, ante las hazañas de monoplanos y biplanos?

La hegemonía carnívora del racional en el espacio es ya tan indiscutible como lo era en el mar y en la tierra.

Las bestias feroces del aire deben reconocer esa hegemonía, lo mismo que la reconocieron las de por aquí abajo.

Su imperio está en quiebra. Resígnenlo, con toda humildad, en los hombres del siglo XX. Déjenles la atmósfera libre.

JOAQUÍN DICENTA

LA MUERTE DE JAURES

Una carta de Anatole France

L'Humanité publica este sentido artículo de Anatole France, dedicado al ilustre Jaurés:

«Lo afirmo con doloroso orgullo: era mi amigo. Le he visto de cerca. Este grande hombre se mostraba n

la intimidad sencillo y cordial. Era la dulzura y la bondad mismas. De todas las facultades concedidas por la Naturaleza á este hombre superior, la de amar fué la que ejerció más completamente. He oído á aquella su enérgica voz, que invadía el mundo con destellos terriblemente luminosos, hacerse afable y cordial para el amigo.

Su cultura era firme y profunda. Se extendía más allá del amplio círculo de las cuestiones sociales hacia todos los problemas espirituales.

Se me perdonará recordar que un día en el Palacio de Justicia, durante el proceso Dreyfus, después de haber hecho una descripción interesante y concienzuda de una causa que removió todas las conciencias, nos recitó los más bellos versos de la época de Luis XIII, comentándolos con un gusto exquisito.

Hace menos de un mes, yendo á visitarle en su casa de Passy, tan modesta, mejor dicho, tan pobre, pero tan gloriosa, le encontré leyendo en el texto original una tragedia de Eurípides. Su inmenso espíritu pasaba de un estudio á otro, descansando de unos trabajos con otros.

En la serenidad de una conciencia pura, perseguido por odios espantosos, frente á calumnias tremendas, él no odió á nadie. Desconocía á sus enemigos. El martirio ha coronado su vida ejemplar, y da un ejemplo á todos los buenos ciudadanos y á todos los servidores de la Humanidad.

Mi corazón está rebosante. El dolor me abrumba. No volveré á ver más al que poseyó el más grande de los corazones, el más vasto de los genios, el más noble de los caracteres.

Envío, con respetuosa ternura, á su viuda, á sus hijos, á sus amigos á sus colaboradores, al gran partido socialista, para el cual vivió siempre, la sinceridad de mi pésame.

ANATOLE FRANCE

EL PALACIO DEL SARCASMO

Y á todo esto, ¿cómo sigue en su importante salud el célebre *Palacio de la Paz* en La Haya?

Porque si no se ha hundido ya espontáneamente, debe estar tambaleándose.

Los mármoles, brónces, maderas riquísimas, fastuosas vidrieras y suntuosos objetos de arte con que todas las naciones—terribles hipócritonas!—contribuyeron á la ornamentación del edificio costado por el archimillonario Carnegie, iban tan impregnados de espíritu pacifista, de amor y concordia entre todos los pueblos, que á la siniestra hora presente el alma de aquellas cosas

debe de estar más dolorida y convulsa que un alma en pena.

El espíritu de paz que animó aquellas representativas formas de la materia se habrá convertido en el *espíritu de miedo envuelto en ira*, de que habló nuestro Fernando de Herrera. Los mármoles se habrán hendidido, como las peñas en la trágica tarde del Gólgota. Estatuas, vidrieras y artesonados se habrán venido al suelo. Y los soberbios tapices que cubrían aquellas paredes se habrán trocado en unos reverendísimos guñapos.

¿No se han de conmover y trastornar hasta las cosas inanimadas, si estos cataclismos morales son mucho más terribles, mucho más atroces que los mismos terremotos y los demás azotes de la ciega Naturaleza?

Sí; el célebre Palacio de la Paz debe de estar á la hora presente, si no hundido de vergüenza, tambaleándose de espanto. ¿Y quién sabe si también el rencor suicida y fratricida hará presa en aquellos elementos que fueron, cada cual desde su nación de origen, á juntarse en aras de una deidad amorosa y bienhechora, que no era sino una furia del Averno vestida de máscara? Mármoles rusos y brónces austriacos, porcelanas de Sévres y hierros forjados de Germania, rabiarán de verse juntos, y la emprenderán á trastazos entre sí lo mismo que si fueran personas... Y perdonen las cosas esta triste comparación.

Si yo estuviera en el pellejo del conserje ó custodio del Palacio de la Paz, habría presentado ya la dimisión. No hay sitio más inseguro que ese en toda Europa, con ser tanta la inseguridad que por donde quiera perturba el «culto continente europeo». Los cañonazos no han llegado allí todavía; pero el estruendo, de sobra. Y si este fragor horrible no basta para que el tal palacio se derrumbe espontáneamente—como vamos diciendo ó como vamos soñando,—otras manos justicieras deben arrancar del suelo holandés ese orgulloso testimonio de la hipocresía internacional.

Si al llegar la hora de la liquidación cuando ya el Angel Exterminador esté saciado, y Europa cubierta de humeantes ruinas, continuase en pie el pomposo y churrigueresco alcázar de la falacia, debido al capricho de un ricachón yanqui y á la doblez de las potencias, esa sería la burla más sangrienta, el sarcasmo más cruel que se hubiera arrojado al rostro de la atribulada Humanidad.

Tristes risas se rían, risas de Lucifer!; pero el noble, el culto pueblo de los Países Bajos no debe consentir que se le ponga en situación de hacer reír ni al mismísimo demonio.

El más lastimoso estigma es el de la ridiculez, y el ultraje más insufrible, el del sarcasmo en acción.

Pero sospecho que estoy poniéndome demasiado serio, quizá algo tonto, acaso un poco cursi... Quitemos el pistón aunque esto sea ahora lo menos conveniente. Si no vale eso del derrumbamiento espontáneo, de la demolición, ó de la voladura, allá va lo que el profesor Humberman me comunica desde La Haya misma por el teléfono subterráneo sin hilos, sistema Collins:

«He venido á esta capital para ofrecer en las presentes circunstancias al famoso Palacio de la Paz el precioso concurso de mi absoluta falta de respetos. Y también para proponer á estos buenos neerlandeses, tan pacíficos de ordinario cuanto belicosos cuando ha lugar (y si no, que lo diga la España histórica), que por ahora conviertan el susodicho palacio en hospital de sangre, y cuando concluya el cataclismo, en Hospital de Inválidos, ó en Panteón de Héroes *ad perpetuam rei memoriam*. y para demostrar que la Paz á quien se rendía culto en ese templo de la engañifa sentimental era la única en que creía vuestro poeta Espronceda: *la paz de los sepulcros*.»

MARIANO DE CAVIA

A "Fray Gerundio"

Gracias por los elogios que de mí labor hace usted en el número de *El Diluvio* del día 4 del actual, al contestarse á mi artículo: *Lo que hasta aquí*.

Siguiendo mi costumbre de no reproducir aquellos en que se me elogia desmesuradamente, no lo traslado á EL MOTIN, pero lo archivo en la carpeta que destino en el estante de mi memoria al agradecimiento.

Únicamente voy á copiar las líneas con que termina, para decirle á los muchos admiradores que tiene usted en EL MOTIN:

«El anticlericalismo no perderá una de sus pocas firmísimas columnas: *Fray Gerundio*. Léase su hermosa, valiente y abnegada afirmación:

«La voz confortadora de N. kens ha sido una brisa suavísima que ha refrescado mi alma, un ingerto de energías que me hará más entusiasta en la lucha... Yo le expuse, como á amigo, padre y maestro que es en estas lides, mis amarguras, mis temores, mis quejas y ciertos resquemores de legítimo desaliento... Era un deber y una necesidad de mi espíritu... Como á Cristo sus discípulos, yo he dicho al liberalismo español, dirigiéndome á N. kens:

«He aquí que todas las cosas las hemos dejado por tí. *Quid ergo erit nobis?*»

«¿Qué nos darás á cambio de esto?... Y N. kens nos ha señalado la Cruz, el Calvario, la senda de su vida llena de espinas y alumbrada con los resplandores inefables del deber cumplido. Y nosotros hemos to-

mado nuestra cruz y le hemos seguido sin desalientos...»

Cristo en la guerra

... Y fué así que, llegando á Jesús de Galilea el clamor de la dolida Europa, quiso peregrinar por ella, ya que en su corazón sentía las heridas de todas las lanzas y la sangre de todas las batallas...

Eran los galos, y los rusos, y los sajones, y los germanos, y todos los hombres de Occidente, que habían olvidado las divinas palabras y encendían entre sí sus odios... En los campos, campos de Ruth para espiar, campos de Booz para acrecer, ni espigaba Ruth ni Booz acrecía. ¡Que todo era devastación, y horror, y exterminio!... En las ciudades, las viudas lloraban con los niños: y los ancianos ya no tenían qué llorar: estaban sus ojos, como fontanas secas!...

Y el Nazareno, vestido ahora como Yo Kanaán, de «pelos de camellos y una cinta alrededor de sus lomos», entró en la tierra occidental para otra redención...

Y en sus jornadas tristes, paraba en las arrasadas ciudades, cruzaba los yermos desolados y, algunas veces, se decía:

—Olor á muerte hay aquí...

Porque en aquel lugar librárase una gran batalla, y los muertos yacían bajo la tierra removida y húmeda.

... En llegándose á la entrada de un poblado, vió ante la cruz unas mujeres que, humilladas, llorando, oraban con mucha devoción... Y El las dijo:

—¿Qué tenéis? ¿Por qué vuestro llanto, hermanas mías?

Y respondieron, extrañadas:

—¿Tú, quién eres?...

Y él dijo:

—El Pastor.

—¿Y no sabes que hay guerra? Allí están nuestros esposos y nuestros hermanos. ¿Y Tú? ¿Por qué no vas?...

Y El respondió:

—Yo no quiero hacer daño á mis hermanos...

Entonces, ellas exclamaron:

—¡Cobardel!

Y cogiendo unos guijos, le lapidaban con saña, diciendo:

—¡Tú no eres hombre ni eres mujer!

Y decían bien, porque era el Hijo de Dios...

Y Jesús no comprendía esta furia con un pacificador en unas mujeres que estaban llorando por la guerra...

Y entró en el poblado... Aquí todas las gentes se aprestaban para el combate, y mercaban armas, y allegaban víveres, y quedaban los cam-

pos sin arada, y las gentes clamaban: «¡El Señor sea con nosotros!», é iban luego á la plaza, haciendo gritos de «¡Guerra! ¡Odió!...» Y Jesús, que era todo paz y amor, tampoco comprendía tales hombres... Y subiéndose á una grada, les predicaba de este modo:

—Oídme á mí, porque yo traigo el amor y la concordia, porque yo soy vuestro hermano... Oisteis que fué dicho: «Amad los unos á los otros», y «Bienaventurados los pacificadores», y «Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No vale más para nada sine para ser echada fuera y hollada de los hombres». «Amad á vuestros enemigos, porque si amareis á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?...

Y fué que, como Jesús decía estas palabras, las gentes le tuvieron por loco, é hicieron mofa de El, y de entre la soldadesca salieron á prenderle... Y en una mazmorra estuvo aquella noche el Hijo de Dios...

Mas, en llegando el día, le libertaron, y vió la ciudad como uno Babel: los armadores trabajaban en los puertos, y los forjadores, en la fragua, el broquel y la espada... Y no quiso volver á predicar, porque no le atendían... Pero se llegaba, uno á uno, á todos ellos, para hablarles al corazón. Mas los corazones estaban endurecidos, como el pan que comía la gente.

Y viendo un grupo muy metido en gran discusión púsose á oír... Y oyó de este modo:

—Unámonos con ellos. Nada podemos hacer. Todos los trabajadores de la Tierra habríamos evitado lo que nos amenaza. Pero ya no es posible. Todo lo hicimos por la paz.

Entonces El, que estaba en un rincón, como Lázaro á la puerta del rico, murmuró:

—No lo hicisteis todo.

Y ellos preguntaron:

—¿Tú, quién eres?...

Y El dijo:

—Yo soy el Pacificador.

Y aquellos hombres, que hablaban de un credo de paz, se burlaron de El.

—Pues ¿dónde vuestras doctrinas?—preguntóles—. ¡Oh, cómo fracasasteis! ¿Cuál era vuestro deseo? ¡Ay! ¡De cierto os digo que sólo pensáis en ser como los ricos!...

Y ellos hacían más burla cada vez.

«—Todas las cosas que quisiereis que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos, y guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, más dentro son lobos rapaces...»

Y aquellos hombres, por escarnerle, tomaronle, y, sujetándole, hicieronle beber mucho vino del que

ellos bebían, hasta que le creyeron embriagado. Cuando esto creyeron, huyeron de El. Y El tenía un sabor acre, á hiel y á lágrimas...

Mas luego vió que, entrando una soldadesca bárbara en el poblado, lo destruía todo y de todo hacía botín. Y no dejaba los ganados en los establos ni las mujeres en los hogares... Unos y otras iban á saciar su hambre y su lujuria.

El, sollozando, pensaba en cuanto dijo: «No hurtarás.» «No adulterarás.»

...En los cielos vió un pájaro gigante.

Preguntó:

—¿Qué ave es esa, que yo desconozco?

Dijéronle:

—Un hombre, que vuela.

Y El:

—Esto me contenta. Quieren elevarse, para llegar á Dios... Pero á Dios se llega antes con el corazón.

Y el otro se reía diciendo:

—Va á destruir una ciudad.

Y toda la huesa de Cristo se estremeció espantada.

Porque las aves de los cielos son mansas y generosas.

Acercándose al mar, vió unos fantasmas terribles en las aguas...

Preguntó:

—¿Cuyos son esos peces, que yo desconozco?

Dijéronle:

—Eso es una escuadra, para surcar los mares.

Y El:

—Esto me contenta. Que los hombres no dudan, como Pedro, de andar sobre el mar, porque tienen fe...

Y el otro se reía, diciendo:

—Va á apoderarse de otra escuadra.

Y toda la huesa de Cristo se estremeció espantada. Porque los peces de los mares son mansos y generosos...

Huyó de allí, para no ver más horror... Mas, sin saberlo, paró en un campamento de guerra. Los hombres estaban bronceados del sol y las jornadas. Y como por fuera, de bronce, también de bronce eran por dentro... Y rindiéronle, diciendo:

—¿Tú, quién eres?

Y El dijo:

—El peregrino.

—Y todos gritaron:

—¡Un espía! ¡Un espía!

Y como le vieran con los pelos de camellos y el cinto de cuero, le flagelaban las carnes desnudas, que estaban santificadas por las cicatrices de la Pasión... El sólo decía:

—¡Perdónalos, Señor!

...Y fué ante un hombre, como Caifás cruel, que le preguntó:

—¿Tú, quién eres?

Y, al fin, se declaró:

—Jesús Nazareno.

Y nadie se reía. Sólo el juzgador,

con mucha burla, creyéndose él el burlado sentenció:

—Pues Jesús Nazareno sea pasado por las armas.

Llevaronle con los prisioneros. Y mucho se compadeció de ellos porque estaban tristes y famélicos, y porque la cólera y el odio tenían hambre en sus espíritus...

Y oyó que de nuevo le preguntaban:

—¿Tú, quién eres?

Y también declaró:

—Jesús Nazareno, que viene á consolaros. «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos...»

Mas los prisioneros se reían de El, y el que iba á consolar á los que lloraban, lloró con desconsuelo...

Y al lucir el nuevo día, los llevaron á un campo apartado... Cri to tenía las manos de marfil, blancas; y los ojos, como los berilos, verdes; y el corazón, como las rosas, sangrando... Y lloraba mucho por los hombres.

Y los hombres, al verle llorar, le decían:

—¡Cobarde!

Luego, poniéndolos en fila, Cristo en medio, les vendaron los ojos, que fué cuando á Jesús se le cayó la venda que se los cubría... Y murmuró otra vez:

—¡Perdónalos, Señor!

Y Jesús Nazareno cayó con los fusilados.

...Mas al mediar la noche, los pelos de los camellos tornáronsele túnica de púrpura; el cinto de cuero, rama florida con rosas de Geth-emaní, y sus ojos se abrían, y su carne blanca trascendía á jazmines... ¡Y todo El fué tornando á la vida!

Y alzándose de entre los muertos, espantado, cubrióse con la mano los claros ojos... Porque allí mismo se había librado una batalla, y todo el campo era un montón de muertos, un desconcierto de lastimeras quejas, un lago de cálida sangre.

Y con un lucero en su mano para alumbrarse, recorrió todo el campo. Y á los muertos les cerraba los ojos que reflejaban los claros de luna; y á los quejumbrosos restañábales las heridas, y á los sedientos refrescábales las fauces...

Pronto estuvo todo el campo de muerte como llovido de menudas estrellas, porque donde El ponía su mano encendía una luz: el amor.

Y, andando así, vió una sombra de mujer, que, recortada en la noche, tenía la figura de la Dolorosa. Y esta mujer buscaba con ansiedad entre los muertos. Mas nada encontraba.

Y Jesús habló:

—¿Quién eres tú, sombra? ¿Qué te trae entre los muertos?

Y al oírle, cayendo ella á sus pies, dijo:

—¡Tú eres Jesús!...

Y El:

—Levanta, mujer. Tu fe te salva. Y dime ahora lo que buscas con tan grande congoja.

Y respondió la mujer:

—Busco á mi hijo. Mi hijo muerto.

Entonces Cristo, descolgando otro lucero de los cielos, dióselo á ella para que se alumbrase. Y juntos los dos, miraban, uno á uno, los cadáveres. Unos elevaban los ojos al cielo con espanto; otros mordían la tierra, agonizando. Algunos estaban llenos de serenidad y sonreían á la muerte.

Y hallaron el hijo que buscaban.

Y la madre rogó.

—¡Despiértale, señor!...

Y en esto iba Cristo á despertarle más ella dijo:

—No le despiertes. Porque, si vuelve á vivir, ha de tener hijos... Y los hombres volverán á ser crueles. Y él verá morir sus hijos en la guerra... Y antes quiero vivir con este dolor que pensar que él pueda sufrirlo algún día...

Jesús detuvo su mano y quedó silencioso. Porque pensó que aquella mujer tenía razón.

Luego, besándola en la frente, dijo:

—Llora!...

El frío de la muerte iba helando los cadáveres. Y entre ellos, en la obscura noche, se alejó Jesús; sollozando en silencio...

Y á medida que se alejaba, se iban apagando en los muertos las huellas de sus dedos...

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN

El Liberal.

¿ACAPARADORES?

¡A EXTERMINARLOS!...

Así, sin más, y por procedimiento sumarisimo.

¡A exterminarlos, sí, tan pronto como se compruebe el crimen!

No merecen otra cosa los infames explotadores de la desgracia; los viles mercaderes de la vida de sus vecinos...

En cuanto han oído hablar de guerra, han entrevisto la invasión del hambre, y con el hambre la locura, la enfermedad, la desesperación, la muerte, la guerra civil, la ruina de la patria...

Y ellos, enemigos ocultos de la Humanidad, han buscado el secreto de aumentar, agudizar y propagar estos males y extenderlos sobre España, acaparando las subsistencias para sustraerlas al comercio público, y hacer mayor el hambre, más rápida la miseria, y mayores y más desastrosas las plagas de ellas derivadas.

Se han hecho aliados y agentes de los gérmenes morbíficos, de la peste y del cólera, de la tisis y de la fiebre...

¡A exterminarlos, pues! Son bestias dañinas peores que el lobo, que la langosta y que el bacillus virgula.

Si el Gobierno promulgase contra ellos un decreto de exterminio rápido, enérgico y definitivo, aplastaría con él la cabeza del peor de los anarquismos.

¡Acaparadores! ¡Exterminados seáis y aplastados y comidos como cáncer de los pueblos!

R. MAYOL

Un obispo católico había cantado misa después de enviudar, y tenía dos hijas.

Cierta día intentó el prelado explicar á uno de sus visitantes, alcalde de aldea, por qué siendo obispo tenía las hijas aquellas.

Y el alcalde le excusó la explicación, exclamando:

—¡Oh monseñor! No es necesario que os disculpéis; todos hemos tenido nuestras debilidades.

Entre devotas

I

—Pues, hija, ese confesor es una maravilla.

—Te digo que no hay cosa igual.

—Y dices que en las Afligidas, á las nueve, el segundo confesonario á la derecha...

—Sí, pero no vayas los miércoles ni los viernes, porque esos días los tiene destinados á las antiguas penitentes.

—Vamos, sí, como si dijéramos, son días de moda.

—Ve un sábado ó un domingo por la mañana, que son los días dedicados á las principiantas. Qué bien me decía á mí la condesa! «Déjese usted de curas ignorantes y groseros! Vaya con los Padres, busque al padre Clarín, y verá usted lo que es la verdadera devoción.»

—Sí, sí; tiene razón la condesa. El sábado me planto allí.

—Ve tempranito, y dile que vas recomendada de Anita, de la de Veludillo.

—Descuida, no se me olvidará...

II

—¿.....?

—Sí, Padre.

—.....

—Yo no lo sabía... Por eso he venido aquí. ¡Hay tanta ignorancia en el clero! Pero ahora estoy tranquila... Y ¿cuántas veces le puedo ver al mes? Porque él para muy en Madrid.

—.....

—Sí, es bastante... No sé cómo expresar á V. R. la paz que siente mi

alma. ¡Lo que yo he sufrido! ¡Lo que yo he llorado! Porque yo quería cumplir mis deberes de cristiana; pero al mismo tiempo no podía dejar lo otro. ¡Ay, Padre, si yo le hubiera conocido antes!

—.....

—Descuide, no se me olvidará... Por supuesto, lo mismo será que sea usted que el Padre Procurador.

—.....

—En ese caso, ya lo traeré el miércoles, porque supongo que ya puedo ser de las antiguas.

—.....

—Pues hasta el miércoles, y Dios le pague tanto bien como me ha hecho.

III

—¿Qué tal?

—Hija, te quedabas corta en los elogios. Ahora tengo la conciencia como una balsa de aceite...

—Como yo, como todas...

—¡Lástima de tiempo que he perdido por esos confesonarios! Siempre amenazada del infierno, siempre condenada...

—¿Qué saben los curas! Cuatro majaderías que les meten en la cabeza en los seminarios. Para esto, no hay como los Padres: son la dicha y la paz de las casadas... No, lo que es la condesa no tiene pelo de tonta...

—¡Dios la pague el bien que nos ha hecho!...

FRAY GERUNDIO

Jugar con fuego

Platicaba en su despacho el obispo católico de Debreezin (Hungría) con varios de sus familiares, cuando oyóse una explosión terrible que destrozó varios muebles matando de paso á Su Eminencia, su secretario y un vicario.

¿Qué mano criminal había puesto la bomba allí? ¿Qué impío infame ó qué anarquista feroz anticipó de tan poco diplomática manera la hora de subir al cielo á tan santos varones?

Se ignora. Sólo se sabe que cuando la policía registró el palacio episcopal, encontró en las habitaciones del señor obispo, y guardadas como piadosas reliquias, veinte bombas más.

¿Para qué las querría? ¿Quién puede adivinarlo! Es expuesto á lamentables equivocaciones hacer conjeturas sobre un hecho tan extraño. Y digo extraño, olvidándome de lo que hicieron los jesuitas en Lisboa cuando se implantó en Portugal la República, y en Barcelona cuando la Semana trágica. Lo que si puede asegurarse es que no las guardaban para hacer obras de caridad.

¿Cómo estalló la bomba? Tampoco es fácil adivinarlo. ¡Vaya usted á sa-

ber si el obispo acabaría de recibir la remesa y le estaba enseñando una bomba al secretario y al vicario, para que viesen que eran de lo mejorcito en su clase. Acaso les estuviera diciendo: «¡Que vengan ahora los revolucionarios cuando quieran!»

Pero estallara del modo que fuese, hay una enseñanza que sacar del hecho. Esta:

Que los ciudadanos honrados deben entrar de hoy en adelante con más precauciones que en un polvorín ó un depósito de explosivos en los edificios siguientes: palacios episcopales, residencias de jesuitas y conventos de frailes y monjas.

No estaría demás tampoco que hiciesen testamento antes de ir, confesasen y comulgaran y se despidieran de la familia. Pudieran estar sus moradores entregados á ensayos químicos ó trasladando explosivos de un punto á otro, y ocurrir en aquel momento una catástrofe como la del palacio episcopal de Debreezin. De menos nos hizo Dios, y donde menos se piensa salta la liebre, y no se puede uno fiar ni de la camisa que lleva puesta.

Como por la nueva ley italiana sólo asisten á la clase de religión en las escuelas públicas los hijos de los padres que así lo piden por escrito, ha llamado la atención que en Roma, de 50.000 alumnos que próximamente concurren á las escuelas, sólo haya 1.403 inscriptos en la clase de religión.

Se comprende. Están en el secreto.

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

José Nakens

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

EL MOTIN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

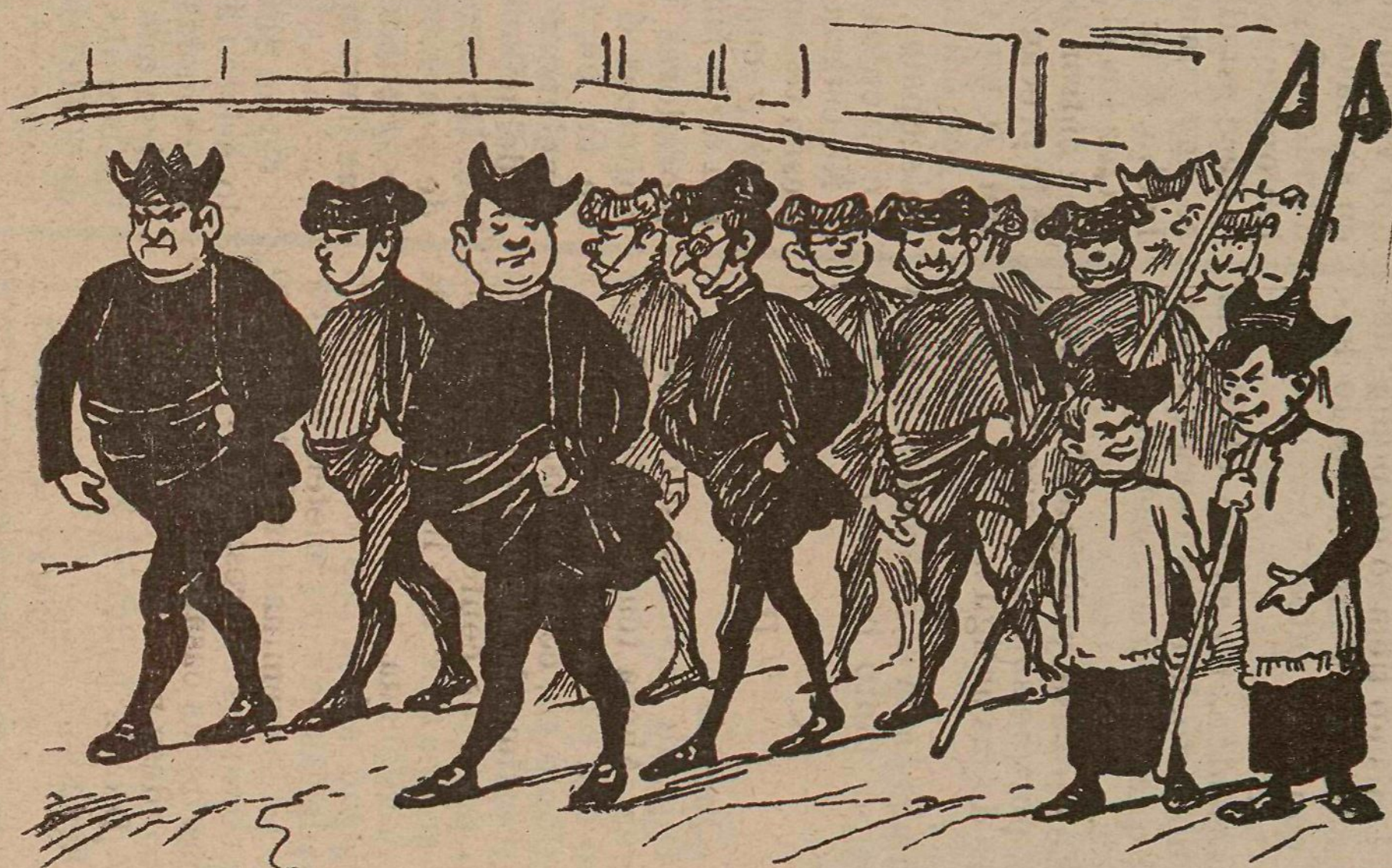
Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

EL MOTÍN

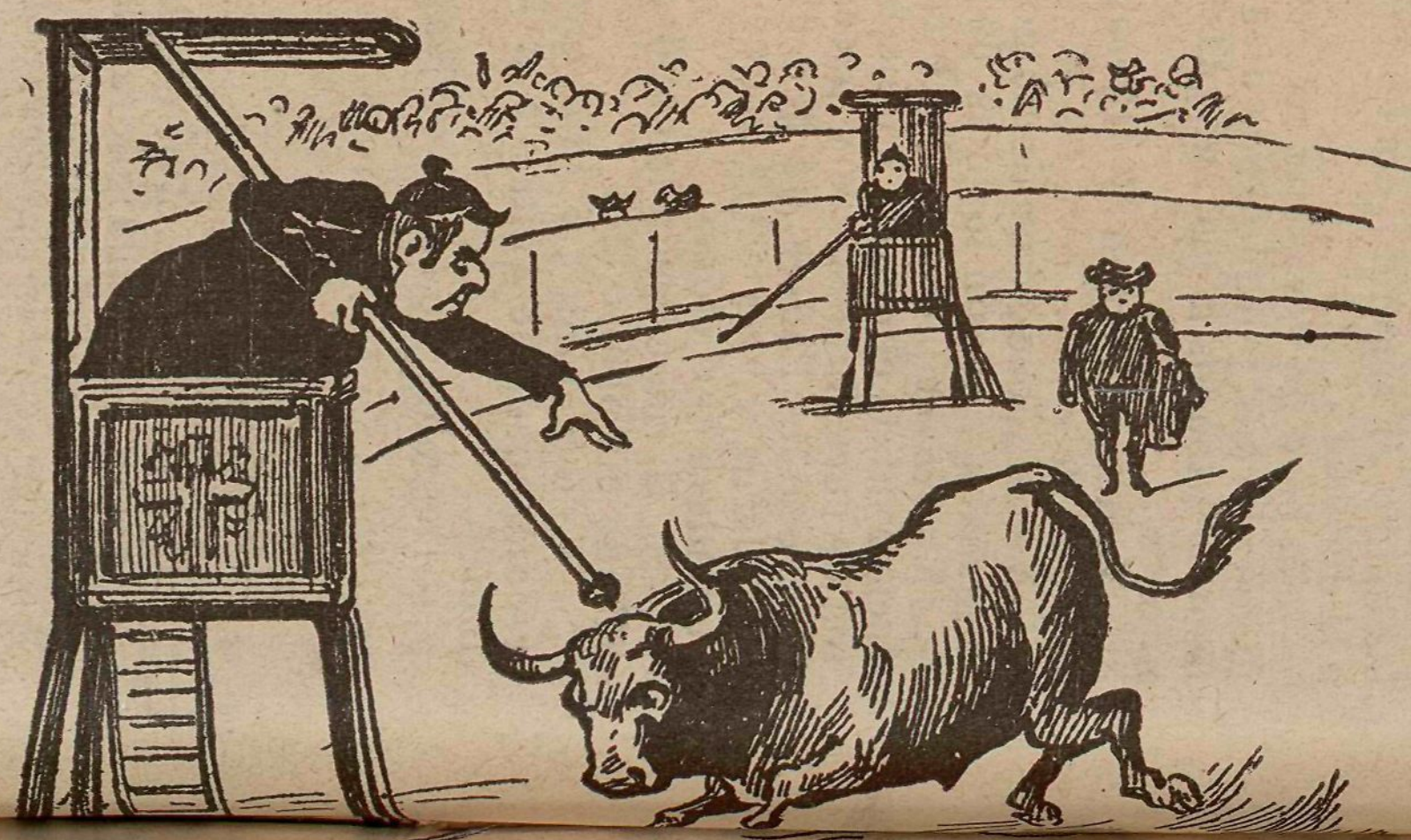
Reconciliadas la Religión y la Tauromáquia, prompte se donarán corridas de toros eclesiásticas, del tenor següen:



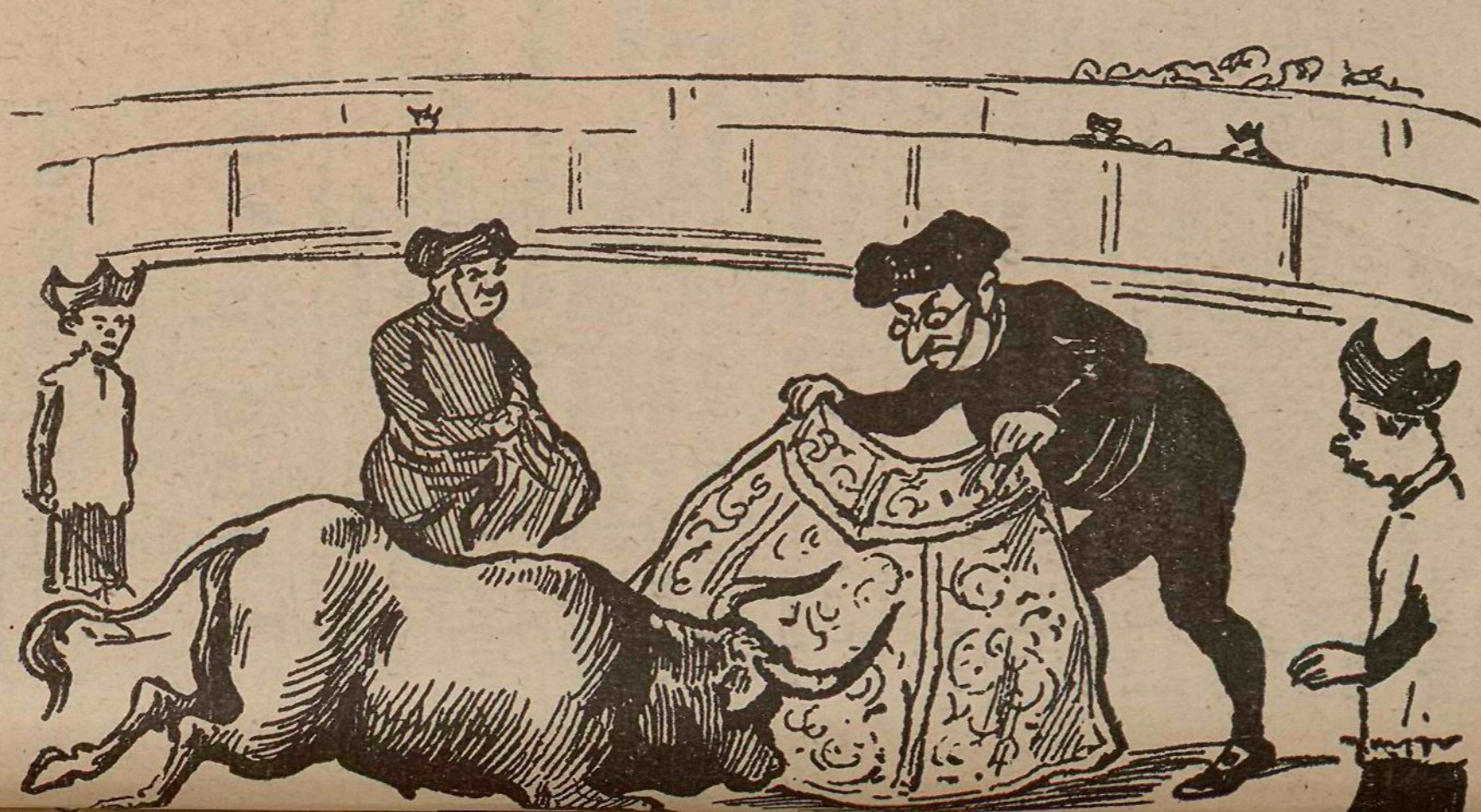
La presidencia



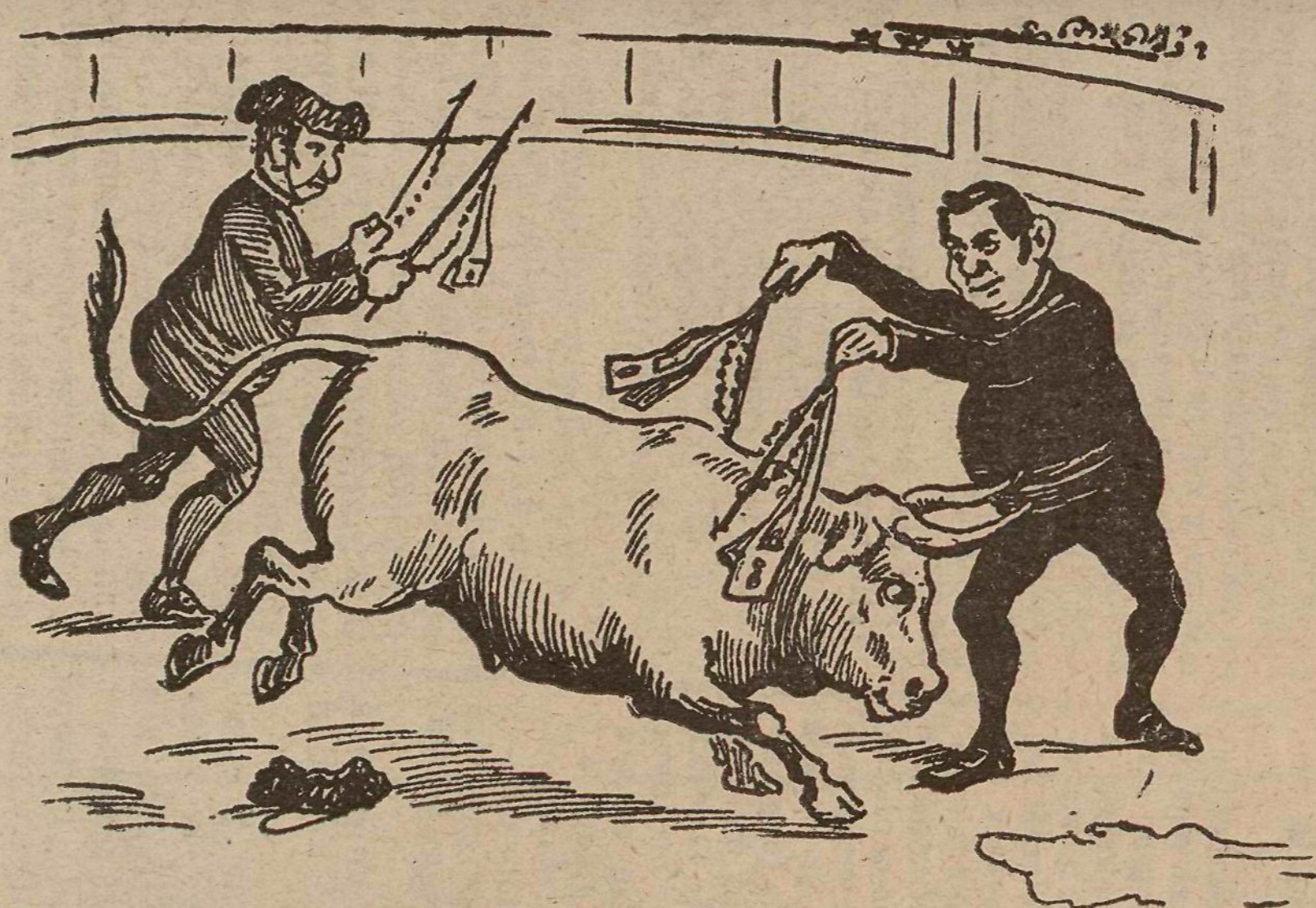
Desfile de la cuadrilla



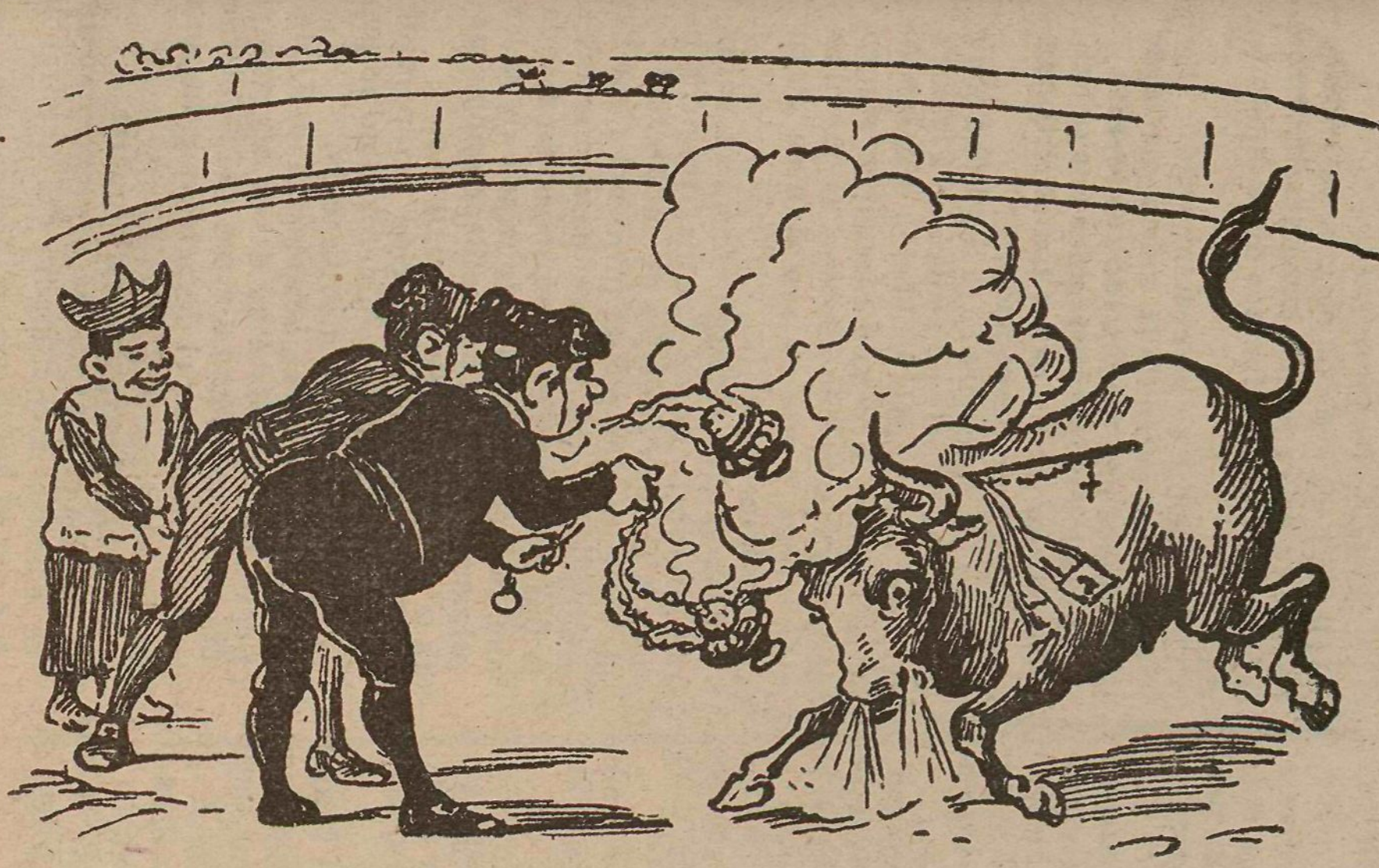
La sort de picas



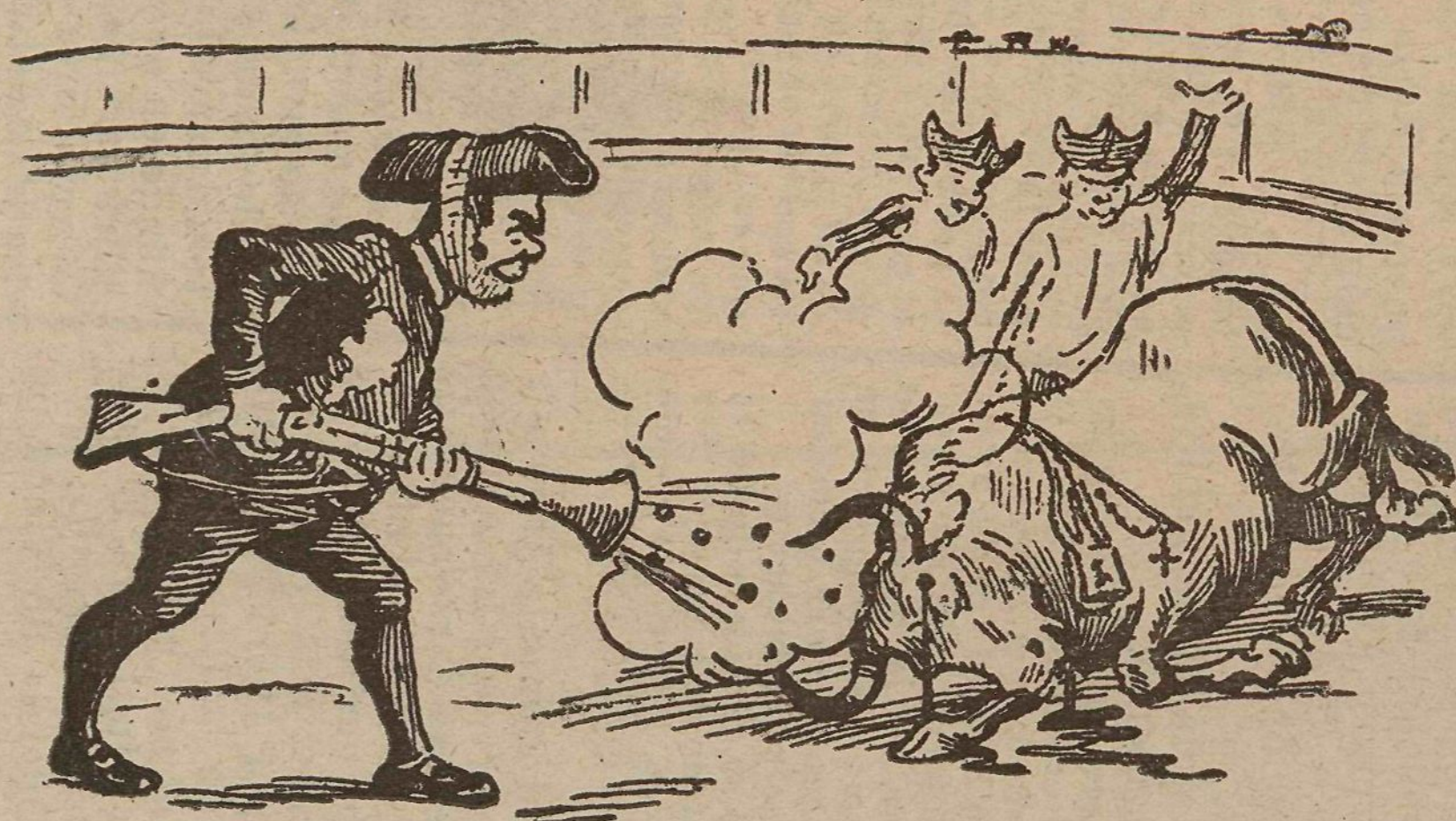
Una verónica



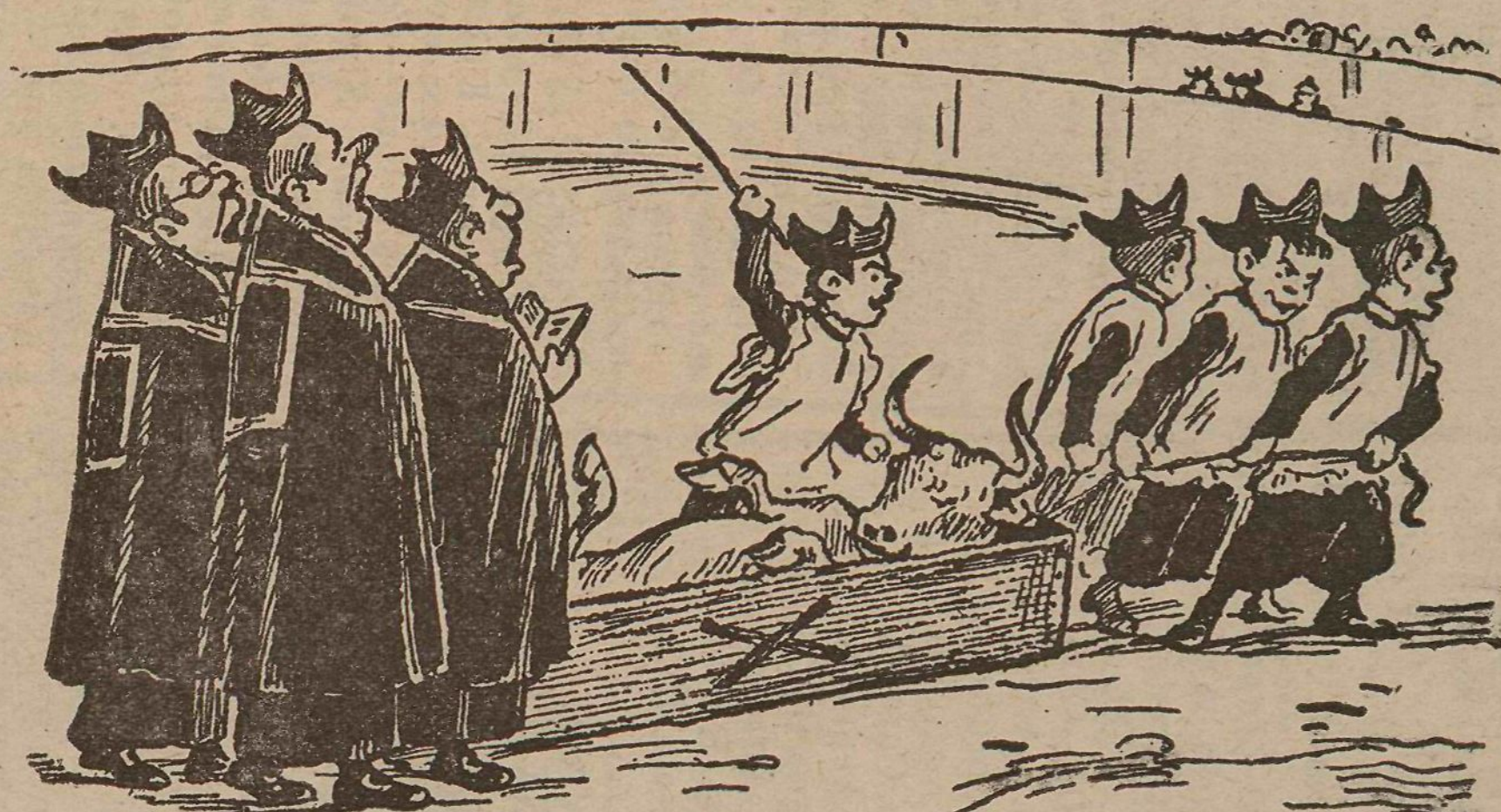
Banderillas piadosas



La sort de donar foch al toro



La sort de matar á estil de cabecilla



L'arrastre

Lámina publicada en "La Campana de Gracia", de Barcelona, en 1890.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior. . . . 7311'10

Baudilio Balart, 1'00.—Juan Casas, 1'00.—Joaquín Armisen, 1'00.—Juan Fusté, 1'00.—José Coma, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—Carlos Barraceta, 1'00.—Antonio Solé, 1'00.—Raimundo Rufandes, 1'00.—Antonio Solanas, 1'00.—Juan Camell, 0'50.—A. B., 0'50.—Armisto, 0'50.—Magin Prunera, 0'50.—José Font, 0'50.—Antonio Resena, 0'50.—José Bonet, 0'25. (Todos de Gracia, Barcelona). 13'25
José Balcells (Espluga). . . . 2'50
José Fernández (EE. UU.). . . . 18'00

Suma y sigue. . . . 7344'85

La guerra en 1914

27 Julio.—El gigante imperio de Austria-Hungría, declara la guerra al pigmeo Estado de Serbia. Invade su territorio y ocupa una ciudad. Rusia se alarma y ofrece su intervención para el arreglo pacífico. Austria rechaza la intervención rusa. Rusia moviliza sus ejércitos. Alemania se pronuncia del lado de Austria, prohibiendo á las naciones toda intervención.

El *Diario Oficial* de Viena publica la declaración siguiente:

«El Gobierno cree que Serbia no ha contestado de modo satisfactorio á la nota que le fué entregada por el ministro de Austria-Hungría en Belgrado el día 23 de Julio de 1914; el Gobierno imperial y real se encuentra, pues, en la necesidad de atender por sí mismo á la salvaguardia de sus derechos y de sus intereses, recurriendo al efecto á la fuerza de las armas.

Austria-Hungría se considera desde este momento en estado de guerra con Serbia.—El ministro de Negocios Extranjeros de Austria-Hungría, *Conde de Berchtold*.»

29 Julio.—Secretamente Alemania moviliza sus ejércitos. La opinión europea, comienza á darse cuenta de ser posible haber llegado el plazo fatal del conflicto europeo, entre las potencias llamadas de la *Triple Alianza* compuesta por Alemania, Austria é Italia, y las de la llamada *Triple inteligencia* (intente) compuesta de Francia, Rusia é Inglaterra. El pánico invade el mundo bursátil.

El «*Diario Oficial*» de Viena publica el siguiente documento imperial:

«Al ministro Presidente de mi Gobierno:

«En esta hora gravísima quiero que dé conocimiento á mis pueblos amados del

documento que le adjunto en pliego cerrado.—*Francisco José*.»

MANIFIESTO Á LOS PUEBLOS DE AUSTRIA Y DE HUNGRÍA

«Siempre fué mi deseo más ardiente consagrar los años que aún me tenga destinados la gracia de Dios á obras de paz, evitando á mis súbditos las sangrientas cargas de la guerra.

«La Providencia ha querido otra cosa. Los procedimientos de un adversario fuerte y animado por el odio me obligan á sacar la espada para defender el honor y el prestigio de la Monarquía y la seguridad de sus posesiones.

«Serbia nos aborrece porque después de largos años de tranquila paz nos posesionamos de la Bosnia y la Herzegovina, á cuya soberanía teníamos derecho.

«Ese odio á mí y á mi Casa se ha manifestado en atentados y conspiraciones.

«Tal estado de cosas no puede durar más tiempo.

«Después de haberlo consultado con mi conciencia, he declarado la guerra á Serbia.

«Confío en mi pueblo.

«Confío igualmente en mi valiente y desinteresado Ejército de tierra y mar.

«Y confío, sobre todo, en Dios, que nos dará la victoria.—*Francisco José*.»

30 Julio. Sigue cundiendo la alarma. Los Estados precipitan los preparativos bélicos. El gobierno español declara la neutralidad de España. Los austriacos atacan á Belgrado.

31 Julio.—Sigue aumentando la alarma, y continúan los preparativos á medida que van fracasando los intentos de intervención.

1.º Agosto.—Alemania declara la guerra á Rusia. Se extiende la acción austriaca en Serbia.

—En Berlín, una multitud enorme se formó en los jardines que rodean el palacio imperial, y en un momento de gran efervescencia de las masas salió el kaiser á un balcón y pronunció una corta alocución. Dijo, que para el pueblo alemán habían llegado momentos muy graves y que desde fuera se le obligaba á cñir la espada; pero si en el último momento no fuese ya posible de evitar el tremendo conflicto, el emperador abrigaba la firme esperanza de que Alemania haría uso de su espada de tal manera que, al envairarla luego sería con honor y gloria. Prosiguió diciendo que esta guerra exigiría enorme sacrificio de sangre y de bienes; pero que los adversarios de Alemania necesitarían convenirse de lo que significa un ataque á la patria. Concluyó pidiendo á Dios que ayude al valiente pueblo y al ejército alemán. La ovación tributada al emperador f é enorme y se cantó con entusiasmo el himno nacional.

2 Agosto.—El mundo comienza á darse cuenta de la terrible realidad que se levanta.

Alemania, con especiosos pretextos, declara la guerra á Francia, confiando en que Bélgica le dejará vía libre para pasar por su territorio el ejército invasor, y violando la neutralidad del Estado de Luxemburgo y Suiza. Además ofrece á Inglaterra compensaciones, si deja expedita su acción contra Francia.

Rusia invade á Alemania.

He aquí el llamamiento del presidente de la República al pueblo francés:

«A la nación francesa:

«Desde hace algunos días, el estado de Europa se ha agravado considerablemente, á pesar de los esfuerzos de la diplomacia.

«El horizonte se ha ensombrecido.

«A la hora presente la mayor parte de las naciones han movillizado sus fuerzas.

«Hasta los países protegidos por su neutralidad han creído deber tomar esta medida á título de precaución.

«Pero las potencias cuya legalidad constitucional ó militar no se parece á la nuestra, sin haber publicado un decreto de movilización, han comenzado, y siguen, preparativos que equivalen á la movilización misma y que no son sino su ejecución anticipada.

«Francia, que siempre firmó su voluntad pacífica; que en los días trágicos ha dado á Europa consejos de moderación y un viviente ejemplo de prudencia; que ha multiplicado sus fuerzas para mantener la paz del mundo, se ha preparado á toda eventualidad y ha tomado desde ahora las primeras disposiciones indispensables para la salvaguardia de su territorio.

«Pero nuestra legislación no permite hacer preparativos completos si no se publica un decreto de movilización.

«Cuidadoso de su responsabilidad, sintiendo que faltaría á su deber si dejase las cosas en tal estado, el Gobierno acaba de publicar el decreto que impone la situación.

«La movilización no es la guerra.

«En las circunstancias presentes aparece como el mejor medio de asegurar la paz con el honor.

«Fuerte en su ardiente deseo de llegar á una solución pacífica de la crisis, el Gobierno, al abrigo de estas precauciones necesarias, continuará sus esfuerzos diplomáticos, y espera todavía «certar».

«Cuenta con la sangre fría de esta noble nación para que no se deje ir á una emoción injustificada.

«Cuenta con el patriotismo de todos los franceses, y sabe que no hay uno solo que no esté preparado para cumplir con su deber.

«En esta hora ya no hay partidos.

«No hay sino la Francia eterna, la Francia pacífica y resuelta.

«No hay sino la patria del derecho y la justicia, toda entera y unida en la calma, la vigilancia y la dignidad. *Raimundo Poincaré*—Por el presidente de la República, el presidente del Consejo de ministros *Renato Viviani*.»

3, 4 y 5 Agosto.—El pueblo europeo entra en terrible pesadilla. El grito de guerra cunde en el espacio, augurando terribles males. La conflagración europea es inminente. Por mar, por tierra y por el aire se preparan los medios de exterminio. El incendio, en vez de localizarse, se extiende con velocidad de huracán.

Inglaterra se levanta frente á Alemania, del lado de Francia. Italia se retrae de la *Triplíce*. Quedan Alemania y Austria contra el resto de Europa. El mundo se pregunta asombrado si esta gallardía es un ataque de locura.

El día 4, el *Foreign Office* de Londres manifiesta que á consecuencia de haber

sido rechazadas por el gobierno alemán las peticiones que por el Gabinete de Londres se le hicieron respecto á la neutralidad de Bélgica, y á pesar de que se habían dado seguridades al Imperio británico de que Alemania respetaría dicha neutralidad, el Gabinete de Berlín no ha cumplido su promesa, y por ello el embajador inglés en Berlín ha recibido órdenes para que pidiera sus pasaportes y en nombre de Inglaterra declarase la guerra al Imperio alemán.

La atención se halla desorientada sin saber donde fijarse: si en los recónditos senos del mar, ó en las altas regiones del aire, ó entre los escarpados cerros, dónde se producirá la conflagración?

6, 7 y 8. — Las demás escaramuzas de la guerra pierden su interés ante la heroica valentía de la ciudad belga de Lieja, en lucha contra la invasión alemana. Su nombre desde ahora debe escribirse entre los de Roma, Cartago, Numancia y demás ciudades invencibles.

Este heroísmo es trágico... La descripción del ataque y de la defensa, nos llevan á ver en la humanidad del siglo XX la terrible fiera humana que nobló las selvas.

Los alemanes han sido sorprendidos por esta resistencia heroica que los corta el paso hacia Francia y desbarata sus planes de invasión.

El hado se ha hecho hasta aquí antigermano.

Contábase con la alianza de Italia, que se niega á ella. Con la neutralidad de Inglaterra, que se levanta impetuosa. Con la debilidad de Bélgica, que se crece.

35.000 belgas han sostenido el avance de 120.000 alemanes, que, después de cinco días de lucha han pedido armisticio para recoger sus muertos y heridos.

8 Agosto. — Se avecinan los grandes acontecimientos. Las tropas inglesas y francesas van á sumarse con las belgas y á librar batalla en este territorio.

Entre tanto los franceses derrotan á los alemanes en Alsacia, que amenaza levantarse contra el Emperador.

Noticias estupendas corren de la barbarie alemana. Ultrajes á los diplomáticos de los Estados en guerra; ultrajes á los súbditos extranjeros de países neutrales. La Embajada española ofendida por el populacho. Sus ejércitos, acometiendo sin aviso; incendiando sin causa, fusilando sin proceso. Toda la barbarie de los siglos más negros.

9 Agosto. — Los pueblos engañados. Hoy se publican las revelaciones de oficiales alemanes, presos en Lieja, diciendo que al ejército el Gobierno le había asegurado la buena acogida de Bélgica, siendo sorprendido por el hecho contrario. ¿Qué responsabilidad para los que engañan al ejército!...

Lo propio parece haber ocurrido en Austria, pues se publica este telegrama de Viena:

«Se nota un gran desfallecimiento en la opinión pública austriaca.

El vecindario de Viena está verdaderamente consternado por la declaración de guerra de Inglaterra.

Háblase mantenido en el público, merced á una artificiosa campaña de Prensa, la ilusión de que Rusia se inclinaría ante los acontecimientos, que Francia no apoyaría á Rusia y que en modo alguno entraría Inglaterra en acción.

Como las cosas han sucedido de modo absolutamente contrario á como los periódicos las pintaron á la opinión, ésta se siente deprimida extraordinariamente.

¡La prensa!... ¡La prensa!... Como en España en la guerra con los Estados Unidos...

Soberanos. — El rey de Bélgica está luchando en la vanguardia de sus tropas. La reina en la Cruz Roja.

El kaiser acude á la frontera para alentar á los suyos. El heredero del trono de Inglaterra se ha incorporado á filas.

Cómo demuestran el patriotismo los políticos franceses.

«PARIS 9. Más de 250 diputados han sido movilizados y se incorporarán á sus respectivos Cuerpos el miércoles próximo.

Sobre el uniforme llevarán las insignias de diputado.

M. Lasies, que se ha inscripto en el regimiento de dragones núm. 27, en el que sirven también sus dos hijos, se ha puesto ya el uniforme de teniente.

La esposa y la hija de M. Lasies han marchado á la frontera alemana en calidad de enfermeras.

M. Coutant, diputado por Ivry, marcha al ejército de operaciones con tres de sus hermanos y cuatro cuñados.

Otros dos hermanos, que son los más jóvenes, van á inscribirse también.

M. Alfred Massé ex ministro, que había sido declarado inútil para el servicio de las armas, ha pedido que se le conceda la incorporación y se le ha otorgado el permiso.

Se unirá en París, á cuya guarnición está afecto al Estado Mayor.

Nuestra hermana Portugal. — En virtud de tratados con Inglaterra, Portugal ha declarado la guerra á Alemania.

La guerra en España. — No es la pólvora todavía la que invade nuestro suelo: es el hambre y la paralización comercial, industrial y mercantil: la muerte y devastación sin estruendo. La prensa está sometida al gobierno.

Por esto los vendedores de diarios del domingo gritan como única nota sensacional «La cogida y muerte de Cocherito.» Sin tiempo de recibir los santos sacramentos de la Iglesia. No se dice si llevaba medallas ó escapularios.

Mausoleo merecido

El pueblo de Peñaranda de Bracamonte ha respondido como debía.

Y se esperaba á la inauguración del modesto mausoleo erigido en el Cementerio civil á la memoria del más bueno, justo y abnegado de sus hijos: Vicente Moreno.

El día de la inauguración del modesto mausoleo que sus amigos y admiradores le han levantado, perdurarán en la memoria de todos.

Al llamado hasta aquel día *Corralillo*, hoy todos le llaman ya con respeto cementerio civil, por albergar los restos de un hombre tan querido por cuantos le conocían.

Desde antes de la hora señalada para la inauguración, ya no se cabía en el cementerio ni en sus alrededores; las tapias que lo circundan estaban llenas de gente.

Al llegar la comitiva, la banda tocó la *Marsellesa*, himno que se repitió al terminar el acto.

Pronunciáronse varios sentidos discursos encomiando á aquel hombre modelo, cuya tumba han visitado muchos católicos fervientes; tanto respeto y consideración mereció en vida á todos.

El monumento es sencillo y majestuoso, de piedra de Novelda, y la columna remata en un gorro frigio, primorosamente tallado.

El mismo día fué colocada una lápida en el sepulcro del obrero Ricardo Morán cuyo cadáver fué el primero que en aquel cementerio se enterró.

Entre los varios telegramas que la señora viuda de Vicente Moreno recibió aquel día, figura este de don Arturo Pérez Martín, catedrático de Cádiz.

Señora doña Daniela Escosura:

«Me asocio de todo corazón al duelo que en el aniversario de la muerte de D. Vicente Moreno Blanco sienten los buenos peñarandinos. Nuestro llorado amigo fué un corazón noble y generoso, una inteligencia luminosa y sagaz y sobre todo un carácter y un ejemplo. Su fuerza, no igualada por ninguno de los que con él compartíamos ideas y sentimientos, estaba en consonancia con la virtud de su vida: austera ejemplar. El concebía una humanidad libre de prejuicios religiosos y sociales, regida por el amor. Y hoy que esta formidable conflictiva armada, ese mausoleo que amigos y admiradores elevamos á su memoria, significará para las futuras generaciones que hubo en la actual un hombre bueno que confió en la mañana, que será, como él fué sin religión y todo amor para sus semejantes. Descansa en paz, amigo querido; que aunque hoy el mundo parece estar loco, hay muchas cuerdes como tú lo fuiste, y hoy unos cuantos nos acercamos á tu tumba á depositar un ramo de violetas.»

Después de leer este sentido recuerdo, ¿qué puede decirse del amado muerto.

Esto sólo: que lo merece.

Poesías festivas

anticlericales

PRECIO: 1 PESETA

Los grandes inventos

Al regalar dos millones de dollars (diez millones de pesetas) á la Sociedad de Investigaciones Científicas de Nueva York, Mister Andrew Carnegie pronunció un discurso en el cual hizo una relación de los veintún inventores que, en su opinión, han revolucionado el mundo.

He aquí la lista:

1. *Gutenberg*, grabador alemán que descubrió los caracteres móviles de imprenta y la prensa tipográfica.
2. *Alejandro Volta*, físico italiano que construyó la primera pila eléctrica y descubrió la electricidad dinámica.
3. *Dionisio Papin*, físico francés que descubrió la fuerza elástica del vapor y experimentó su utilización.
4. *Los hermanos Montgolfier*, fabricantes de papel de Armosay (Francia), que inventaron los globos.
5. *James Watt*, mecánico escocés que fué el primero en hacer completamente automática la máquina de vapor.
6. *Richard Arkwright*, noble inglés que reemplazó la rueca y el huso por la máquina de hilar.
7. *Jacquard*, mecánico lionés que construyó el telar que con algunos perfeccionamientos se usa todavía.
8. *Lamarck*, naturalista francés que concibió la teoría del transformismo universal, sostenida después por Darwin.
9. *El marqués de Jouffroy*, que inventó realmente la navegación á vapor, aunque este título se atribuya frecuentemente al americano Fulton.
10. *Janner*, médico inglés que descubrió la vacuna contra la viruela, que en su época era una de las plagas más terribles de la humanidad.
11. *Lavoisier*, verdadero creador de la química moderna.
12. *Samuel Morse*, pintor y escultor americano que en 1832 inventó el primer telégrafo eléctrico.
13. *Lebon*, ingeniero francés que creó en 1876 el alumbrado por gas de hulla, cuyo sistema perfeccionó el inglés Murdock seis años después.
14. *Juan Stephenson*, ingeniero inglés, inventor de la locomotora y padre de los ferrocarriles.
15. *Bessemer*, ingeniero inglés que imaginó el convertidor del acero y revolucionó la industria metalúrgica.
16. *Morton*, médico inglés que descubrió las propiedades anestésicas del éter.
17. *Pasteur*, popular especialmente por su vacuna antirrábica, pero que dió pruebas de un genio mucho más vasto, demostrando el pa-

pel de los microbios en todas las fermentaciones, putrefacciones y enfermedades infecciosas.

18. *Tomás Alba Edison*, ingeniero americano, inventor del fonógrafo, del cinematógrafo y de la lámpara de incandescencia (en colaboración con el físico inglés *Aran*) y autor también de perfeccionamientos muy fecundos en electricidad y mecánica.

19. *Noriega y Ruiz (Eloy)*, ingeniero español que descubrió en 1888 el procedimiento de *Diaduración precipitando sobre zinc*, que saca dos cuantiosos tesoros hasta de lo que se juzgaba perdido en las explotaciones mineras del mundo, afortunado inventor en electricidad mecánica y química.

20. *Guillermo Marconi*, italiano que supo aplicar las investigaciones y descubrimiento de *Branley* á la telegrafía sin hilos.

21. *Monillard*, dibujante y observador naturalista francés que, en su obra *El imperio del aire*, determinó las leyes del vuelo de las aves y que fué el primero en construir y hacer volar un aeroplano.

Cualquiera de esos hombres está á cien codos de altura sobre cuanto hoy se aprestan á encharcar á Europa de sangre y lágrimas.

Esa es la verdadera gloria, esa... La de esos hombres.

La prensa católica irlandesa repite constantemente en todos los tonos que la religión es el único freno para el vicio.

Y según una investigación hecha por el periódico inglés *Truth Seeker*, hay más vicios y corrupción en Dublín que en ninguna otra ciudad de Europa.

No podía dar otro resultado la investigación, siendo esa ciudad archidespampanantemente católica.

LA BEATA

El que dijo que nada hay más hermoso que una española rezando, no se refería sin duda á la que sin ser monja y viviendo en el mundo, tiene por oficio el rezo, por morada la iglesia, y por diversión y entretenimiento novenas y rosarios.

Cierto que á la suave luz que penetra por los vidrios de colores del templo, tocada la cabeza con la airosa mantilla, vueltos al cielo los rasgados ojos y juntas las blancas manos en ademán suplicante, cualquier mujer, aunque no sea una hermosa, tiene un encanto irresistible, no digo yo para un hombre piadoso, como, por ejemplo, un presbítero, sino para el último de los pecadores, como este humilde servidor de ustedes; pero la resadora por excelencia, la vulgarmente conocida con el nombre de beata, no suele interesar de modo alguno al que la mira entregada á la faena de ensartar *padre nuestros*, con la misma indiferencia que da punta das una máquina Singer.

Yo, sin embargo, admiro á la beata de profesión, y juzgo su existencia interesante y digna de detenido estudio.

La mujer que por la mañana temprano deja su casa para correr á la del Señor, se instala en ella, y olvidándose piadosamente de los trabajos domésticos que la reclaman, oye una y otra misa y tal vez consigue sacar con su devoción á algunas almas del purgatorio, me parece la imagen de la abnegación en la tierra.

No digais que sería más útil á la sociedad, si las horas que distrae en la iglesia las emplease en cuidar á sus hijos, á su marido ó á sus padres; pues sobre que la beata carece generalmente de familia, sólo á las almas vulgares pueden preocupar estas miserias humanas que entorpecen el camino del cielo.

La verdadera beata, si se ocupa en los asuntos de los demás, es siempre desde el punto de vista religioso. Por eso, entendiendo como se debe el precepto que le manda vestir al desnudo, no cubrirá las carnes del niño que, al ir á misa, ve tiritar de frío en el atrio del templo que le sirvió de alcoba; pero vestirá de batista y terciopelo la imagen del niño Jesús, para que los fieles admiren su piedad y procuren imitarla.

Si murmura y critica á la joven que aparta un momento su vista del altar para fijarla en un devoto; si comenta las palabras de sus vecinas y escudriña sus actos; si se entera con afán de todo cuanto de escandaloso sucede, y propala sus pormenores, es solamente con el objeto de hacer odioso el pecado, dándole á conocer á los inexpertos.

Porque ella, ya lo he dicho, se olvida de sus propios deberes con un admirable desinterés, para pensar en que los demás cumplan los suyos, y reniega de la que asiste á los teatros en vez de velar el sueño de sus rapaces, de la esposa que gasta en adornarse el tiempo que debiera dedicar á remendar la ropa del marido, y de la criada que, en ausencia de sus amos, deja por el abanico la escoba.

Aunque parece dedicada sólo á las prácticas religiosas, la beata está en todo, y siempre con buena fin, por supuesto, se afana por hacer agradable la vida á sus semejantes y como es natural, á los curas especialmente. Ella busca esas espléndidas penitentes que, felices con la absolución de sus culpas, pagan misas y costean funciones; ella sabe á qué feligrés se puede inducir á pagar la salvación con su fortuna, y en qué mesa recibirían sin disgusto á un cura para bendecir los manjares; ella proporciona á la tierna educanda el placer de servir á Dios bordando el alicuello de su ministro, y á éste el placer de guiar los pasos de la joven oveja por el camino de la gracia; y ella es, en fin, la que, eligiendo el rico chocolate ó el confortable Jerez, rizando la sobrepelliz ó planchando el alba que ha de usar el padre á cuyo cuidado se dedica, y atendiendo así á todas las exigencias del cuerpo, hace que su espíritu pueda por completo entregarse á la mística contemplación.

Luego, y para hacerla más simpática á mis ojos, hay que tener en cuenta que la beata no nace, como se dice del poeta: la beata se hace, y á fuerza casi siempre de amarguras y desencantos.

Ya fué un mal paso en la vida, ya los desdenes de un ingrato, ya el cansancio y el hastío que deja tras sí una existencia agitada, los que la hicieron apreciar las

ventajas de la beatería, ignoradas hasta entonces.

La beata, pues, antes de serlo, fué heroína de una historia interesante, y yo me muero por las historias desconocidas, aunque las halle encuadradas en pergamino.

Hay también algunas beatas, aunque pocas por fortuna, á quienes nunca pasó nada que les obligara á entrar en el gremio, y que son, sin embargo, el tipo acabado de la clase; las feas en extremo. En éstas, la devoción es una necesidad; sólo Dios puede ver á través de la fealdad absoluta del cuerpo la hermosura del alma, y esto es lo único que puede hacerlas aceptables.

J. V.

La prensa sectaria

Dicen varios periódicos italianos que en la villa de Gemonia, (Venecia) un sacerdote invitó á un niño á acompañarle á una fonda y pidió un cuarto con dos camas; que el muchacho salió á poco disparado y diciendo que había tratado de darle una lección práctica sobre una materia que mi pudor me impide nombrar; que acudió la policía, y después de un ligero interrogatorio, llevó á la cárcel al sacerdote.

No negaré que el niño dijera lo que dijo, porque no se lleva así como así á la cárcel á un sacerdote; de lo que me permito dudar, es de que el hecho fuera cierto. La infancia es impresionable y confunde fácilmente las apariencias con la realidad.

Pero aun suponiendo que todo ocurriera tal cual el niño afirmó, ¿por qué la prensa airea esa noticia? Como no sea para demostrar que los curas faltan á la castidad, no se me alcanza con qué objeto pueda ser.

Parece mentira que en Italia, que compartió tantos siglos con España el honor de figurar como hija predilecta del catolicismo, haya una prensa tan impía y tan malvada. Congratulémonos de que la de España sea todo lo contrario, salvo algún desdichado periódico de cuyo nombre no quiero acordarme.

Aquí, cuando un sacerdote tiene la desgracia de profanar un niño en uno de esos momentos en que la pasión carnal ofusca la razón del hombre más dueño de sí mismo, la prensa extiende sobre el acto el manto protector del silencio, en lo cual hace perfectamente; pues no solo evita el escándalo, sino que ayuda á sostener el prestigio de los sacerdotes, sin el que la Iglesia de Cristo padecería tribulaciones.

Me agradaría que la prensa italiana imitase en este punto á la española y se abstuviera en adelante de dar publicidad á las faltillas que cometer pudieran los sacerdotes, expuestos como los seglares al rudo

embate de las pasiones inherentes á la flaca naturaleza humana.

Y quedo rogando al cielo que en la vista del proceso se demuestre que el niño se equivocó al ver lo que creyó ver, y que el sacerdote, al encerrarse con el niño en el cuarto con dos camas, maldito si llevó intención alguna pecaminosa. Y se comprende: de haberla llevado, ¿hubiese pedido dos camas? ¿Para qué?

Me parece que este argumento no tiene vuelta de hoja.

Primera confesión

Prólogo

Orencia tiene doce años, y es una una de las niñas más encantadoras de la población. Sus padres, que son religiosísimos, estaban inquietos porque Orencia no se había confesado aún.

Una tarde su respetable mamá, la marquesa de... advirtió á Orencia que á la mañana siguiente debía ir á decir sus pecados al padre Lepe.

El general K., íntimo amigo de la casa y comensal frecuente, sostenía que *había tiempo*; pero el general tenía en la casa fama de *hereje*, y no se le hizo caso.

La niña fué á consultar con Miss, una institutris que cuidaba de ella desde que la niña tenía cuatro años.

Se encerraron juntas. Hablaron durante media hora, y después Miss salió del cuarto, dejando á la niña sola. Los ángeles del cielo revoloteaban en torno de aquella frente serena, cuya pureza no había empañado aún ningún pensamiento malo.

I

EXAMEN DE CONCIENCIA

Orencia hablaba así:

«Me preguntaré si he faltado al respeto á los papás... y yo le diré que no.

Me preguntaré si he jurado el nombre de Dios en vano.

Digo, yo creo que será todo esto lo que me hable. Por supuesto, que los pecados que uno puede cometer al día son tantos...

Ayer dije que me dolía la cabeza á la hora del teatro, porque los dramas me ponen nerviosa.

He murmurado del sombrero de Adela...

Detesto á Miss...

Todo esto tengo que decirle... ¿y qué más? ¡ah! sí; que desobedezco á mamá cuando me manda acostarme temprano.

El mes pasado se me cayó el pan al suelo y no lo besé.

Hoy he llegado tarde á misa.

Hablo de mi tío porque es un *cursi*.

¿Qué más? ¿qué más?

Y Orencia se durmió poniendo los pecados en orden.

II

DESPERTAR

A la mañana siguiente, la niña y el aya fueron á la iglesia. La segunda se quedó á respetable distancia, mientras la pecadora infantil acercaba su preciosa cabeza á la reja de madera.

Miss observaba que Orencia se volvía de cuando en cuando á mirarla de tal manera, que cada mirada parecía una pregunta.

Después el aya la oía decir. «Sí, padre»; y dentro del confesonario se oía un ruido como expresión de espanto y de asombro.

Orencia acabó de confesar y vino al lado del aya.

—¿Qué tal? dijo ésta en inglés; — y Orencia contestó:

—¡Me ha echado una penitencia atroz!

—¡Atroz!— exclamó Miss.

—Es decir, larga, larga, terrible. He sido interrogada sobre una porción de cosas que yo no sé lo que significan.

—¡Ah!

—Y en la duda, he respondido á todo que sí.

—Pero...

—Me dijo...

En este momento pasaba un coche por la calle, y el ruido de las ruedas apagó la voz.

III

HAY TIEMPO

Durante todo aquel día, papá marqués y mamá Rosa se distinguieron por su empeño en huir de Orencia. La abuelita se encerró con llave en su cuarto, diciendo que estaba mala.

Miss, condenada á estar siempre al lado de la señora, sufrió cien preguntas con impasibilidad inglesa, contestando siempre que ella no conocía bien el castellano.

El general llegó á la hora de comer. La niña se abalanzó á él, le besó en la frente y le dijo:

—¿Qué quiere decir... tal cosa?

Frunció el veterano las cejas á tiempo que la familia llegaba para sentarse á la mesa, y dirigiéndose al marqués:

—¿No te lo decía yo— exclamó, — que había tiempo?

El marqués se lo llevó aparte, y le dijo:

—Mira, tú que eres listo, contéstale lo que puedas. A mí no me está bien, ni la moral de la casa me lo permite.

E. BLASCO

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas.

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

taban con demasiada laxitud. ¿Qué faltaba un vaso en su mesa á la hora de comer? Mandaban por un caliz á la Iglesia. ¿Que hacía una noche mucho frío? Echaban una casulla encima de la manta. Mal estaba esto, muy mal; pero aún encuentro peor que vendieran los vasos sagrados y los ornamentos para entregarse á la disipación. Gastarse el importe de la venta del manto de una Virgen en una ta'erna, entre jugadores y ex-virgenes, resultaba un poquillo fuerte.

El 5.º «prohíbe decir Misas de Difuntos por los vivos con la intención de causarles la muerte, só pena de deposición al Sacerdote, de cárcel perpetua, y de excomunión hasta la muerte, así contra él como contra el que le haya excitado á cometer este sacrilegio.»

Indudablemente hay que leer cánones para después no admirarse de nada. ¿Con que los sacerdotes decían misas de difuntos por los vivos, á conciencia de que quien se las encargaba pretendía que muriese el agraciado? ¿Con que lo que hoy las gentes supersticiosas creen alcanzar por arte de magia y sortilegio, lo buscaban los creyentes, con la complicidad de los sacerdotes, por el camino del sacrilegio? ¿Con que lo mismo se decían misas para sacar almas del Purgatorio, que para meterlas? ¿Para pedir por la salud del cuerpo y del alma, que para matar al uno y condenar la otra? Pues dígoles á ustedes que no vuelvo de mi asombro, al pensar que pudieron haberse dado casos como este: que llegase un cristiano á un sacerdote y le dijera: Vengo á que diga usted una misa—¿De qué clase?—De difuntos—¿A qué intención?—A la de que reviente cuanto antes mi suegra, á la que deseo heredar pronto. Y que tanto más cuanto, convinieran en el precio, y el sacerdote entrase en la sacristía, se revistiese y saliera á decir la misa.

Lo dicho: no vuelvo de mi asombro.

SIGLO VIII

CONCILIO DE SOISSONS, *Sucessionense*, año de 744.

El 8.º «prohíbe á los Clérigos tener mugeres en sus casas, como no sean su madre, su hermana ó su sobrina.»

Vamos, esto ya era otra cosa. Sin duda los clérigos se habían enmendado algún tanto, cuando se les levantó la prohibición de vivir con sus hermanas y sobrinas.

CONCILIO DE ROMA, año de 744.

El 8.º «anatematiza á los Clérigos y á los Monges que se dexan crecer el pelo.»

Como no se dice si fué para evitar que tuvieran que rascarse á menudo la cabeza, por las consecuencias vivientes que la falta de aseo produce, suprimo todo comentario.

CONCILIO DE CLOVESCHON en Inglaterra, *Cloveshoniense*, año de 747.

20. «Los Obispos vigilarán sobre los Monasterios, situados en sus Obispados; cuidarán de que se viva en paz en ellos; que los Monges se a, liquen al trabajo, y á lecturas espirituales; que los seglares no entren allí con facilidad, y de que estas casas no sean retiros de poetas, de músicos y de bufones. Se prohíbe principalmente á los legos la entrada en los Conventos de Religiosas, y se las manda que se apliquen á leer buenos libros, y á cantar salmos en vez de bordar telas de diversos colores para servir á la vanidad de las gentes del mundo.»

Este cánón si que no necesita comentarios. Basta leerlo para formarse idea perfecta de lo que eran los monasterios de frailes y monjas en el siglo VIII; asilos donde todo el mundo entraba y salía como Pedro por su casa y donde hallaban seguro refugio músicos y danzantes. En esto, hay que reconocerlo desapasionadamente, se ha adelantado bastante: á los monasterios de hoy únicamente tienen fácil acceso las personas de buena posición social, sean hembras, sean varones.

CONCILIO DE METZ, *Metense*, año de 756.

2.º «Los Eclesiásticos de las órdenes superiores culpados del delito de incesto, serán depuestos, y los demás serán azotados, ó arrestados en la cárcel.»

Siendo el de incesto pecado que sólo puede cometerse con parientes de los grados prohibidos, ese cánón nos dice con triste elocuencia, que ni las mujeres de esos grados podían vivir completamente tranquilas al lado de eclesiásticos de categoría. Esto me hace temer que esté en puerta otro cánón prohibiéndoles, como ocurrió anteriormente, hasta que vivieran con sus madres y sus hermanas.

16. «Se prohíbe á todos los Clérigos sin excepción los vestidos magníficos, y las telas de seda de diversos colores, y el uso de esencias aromáticas.»

¿Trajes de colores diversos? Daría gusto ver á los Pierrots eclesiásticos. Lo de los perfumes se comprende. Como entonces había en la clase verdadero horror al agua, tal vez los

usaran por la misma razón que muchas de las mujeres de ahora, que huelen bien porque huelen mal.

18. «Se prohíbe á las mugeres de condición libre y esclava el habitar en las casas Episcopales ó en los Monasterios.»

La insistencia de los Concilios en prohibir esto, hace sospechar si ya por el siglo VIII se habría inventado la frase: «Predíqueme, padre; por un oído me entra, y por otro me sale.»

20. «Se prohíbe haya en adelante Monasterios dobles de hombres y mugeres, y solo se consiente se mantengan los ya fundados, según la regla de San Basilio. También se prohíbe el que un Monge duerma en un Monasterio de Religiosas, y coma solo con una Religiosa.»

Cuando el Concilio tomó esta medida, probablemente sería por haberse dado alguna vez el caso de que los Monasterios dobles resultaran triples.

O porque el monje no tuviera que sostener ruda batalla contra el tercer enemigo del alma, para triunfar de las asechanzas que le tendiera el segundo.

O porque sería difícil que un monje, por casto que fuese, pudiera mantenerse en perfecto estado de continencia después de haber comido mano á mano y sin testigos de vista con una monja, que pudiera muy bien ser guapa, doblemente si había libado con algún exceso el nectar de las cepas llamado *la alegría del corazón* por el Sabio Rey del *Cantar de los Cantares* y vino por los seglares.

22. «Quiere que se destierren de los banquetes de los christianos toda especie de canciones é instrumentos de música que mueven á la sensualidad. Prohíbe también á los Monges el comer solos con mugeres, á no ser esto necesario para el bien espiritual de ellas, ó siendo parientas suyas, ó que ellos estén de viage.»

Siempre que pensamos en los primeros tiempos del cristianismo, nos figuramos á sus adeptos perseguidos por los emperadores, devorados por las fieras, pagando en varias formas con su cuerpo el abonar de bienaventuranza eterna para su alma; y hete aquí, que la realidad viene, por boca de los Concilios, á decirnos que tanto los seglares como los sacerdotes andaban siempre de bulla y jarana, tocando, cantando y bailando, lo mismo en las tabernas, que en las bodas, que en los teatros, y jarsa y ole!, y ¡viva tu mare!, y ¡venga de ahí!, y ¡toma tripita! Hoy, la verdad sea dicha, serán los beatos y los sacerdotes lo que quieran, pero no dan

(Continuará.)

CONJUROS Y EXORCISMOS

POR

ROBERTO ROBERT

narquia infernal dice terminantemente que ésta se compone de un emperador que es Belzebú, siete reyes que reinan en los cuatro puntos cardinales, veintitrés duques, trece marqueses, diez condes y muchísimos caballeros. A esta poderosa aristocracia obedece una fuerza de seis mil seiscientas sesenta y seis legiones, compuestas de seis mil seiscientos sesenta y seis demonios cada una. Los siete reyes del infierno, añade el autor, con tanta seguridad y aplomo como si se tratara de una receta para hacer engrudo ó fricandó, pueden estar ligados de tres á doce del día, y desde las nueve hasta las doce de la noche.

* *

Nadie se admira de que el citado autor averiguase la organización política y militar del infierno; más admirable es todavía Delancré, el cual á fuerza de estudio y de fe, puso en claro que del comercio de los demonios incubos y súcubos nacen unas asquerosas criaturas llamadas Cambiones, flacas siempre y pálidas, «capaces, dice el autor, de secar á tres nodrizas, sin engordar por esto.»

Lutero, ese bello ideal de despreocupación para los doctrinarios, asegura que dichos niños no viven más que siete años, y añade que vió á uno de ellos, el cual se ponía á dar gritos apenas le tocaban, y que nunca se le vió reír sino cuando ocurría algún siniestro en la casa.

* *

¿Pero á dónde me conduce la falta de orden?

¿Cómo me dejo llevar de la imaginación desarreglada, confundiendo los asuntos y adelantando el juicio acerca de las brujas que por haber sido quienes fueron, merecen un tratado especial y aparte?

Confieso que me he extraviado y pido cortesmente perdón á los lectores.

La impiedad aún no está organizada en España, y este defecto resalta en todos nuestros libros y doctrinas.

Únicamente los conservadores que han sabido armonizar lo pasado con lo presente, y negar que el porvenir sea el momento que sigue al momento que ahora es; únicamente estos, digo, son capaces de hacer libros útiles, formales, bien compuestos y ordenados, de manera que ca-

da especie se encuentre en su lugar correspondiente.

* *

Vuelvo, pues, á mi tema, de que no debería haberme separado, y prometo que para la brujería en general tendré paciencia y método.

Tenga paciencia también el lector que se hubiese interesado por saber las cosas importantes que á la brujería se refieren, y no tema por el decoro de la sociedad, la Iglesia, y las potestades, pues cumplieron perfectamente con sus deberes religiosos, como lo prueba la existencia de nuestros quemaderos, que si no lograron arraigar la fe consiguieron á lo menos sembrar un saludable terror y dotarnos de aquel decoro á la divinidad que se revela en los libros de juegos de manos y secretos de naturaleza, que terminan todos ciendo: *Laus Deo*.

Volvamos á la materia.

En esta gran materia de conjuros y exorcismos, el caso más notable y digno de recordación fué el de Carlos II de España, de aquel rey que tiene aún levantada una estatua en Madrid, donde Cristóbal Colón también aún no la tiene.

Narremos el caso deprisita.

* *

Precisamente entonces había como hoy varios príncipes que aspiraban á ocupar el trono de España, previendo que muy en breve lo había de dejar vacante el monarca, tan quebrantado de salud corporal como de ánimo y entendimiento.

A ese rey, esclavo primero de sus pasiones, y muertas éstas esclavo de su madre, de sus confesores y de todo género de superstición, se le dice en un libro impreso en 1680:

«V. M. ha ennoblecido de nuevo á sus españoles con el lustre y la dignidad de ser vasallos del más religioso rey.»

Se le llama en dicho libro «protector de la Iglesia, columna de la fe y capitán general de la milicia de Dios y el mayor rey de la tierra.»

Se le califica de Júpiter cristiano y se le promete que como siga consintiendo que se quemen herejes en sus reinos, «le engrandecerán las victorias, le coronarán sus triunfos, le ilustrarán las glorias y le eternizarán los siglos.»

Supongo que poco más ó menos, lo mismo se dirá de nuestro futuro soberano «que de allí ha de venir», como dice el símbolo de los apóstoles y el de los monárquicos españoles.

Pero volvamos á D. Carlos.

* *

Entre el Padre Froilán Díaz, confesor suyo, y el cardenal Portocarrero, y el corregidor de Madrid

D. Francisco Ronquillo, y el secretario de Estado D. Antonio Ulloa, persuadieron al rey de que tenía los demonios en el cuerpo.

El rey, que era muy cristiano, lo creyó como de su obligación.

Años antes había habido una ruidosa causa por haberse dicho que el conde-duque de Olivares había hechizado á Felipe IV, y aun con respecto al mismo Carlos II, el Consejo de la Inquisición había practicado anteriormente varias diligencias en averiguación de si estaría ó no hechizado; pero de aquellas diligencias no se había obtenido fruto alguno.

* *

Pero como andando los tiempos se renovó aquella idea, el rey, cristiano siempre, se llenó de nuevos temores.

Un día el Padre Froilán se encontró con un religioso dominico que vivía en Asturias y se hallaba de paso en la corte.

Empezaron, como era natural, por abrazarse y tomar chocolate, y dijo el dominico:

—¡Tengo, Padre Froilán, allá en Cangas de Tineo, tres religiosas!...

—¿Tres nada más?

—Iba á concluir. Tres religiosas espiritadas.

—¡Hombre, me convienen!

—¿Espiritadas y todo?

—No seáis mahgno. Me convienen porque temo que le hayan dado hechizos al rey nuestro señor, y si esas espiritadas hacen revelaciones, como es propio de la gente que se halla en estado semejante, y entre sus revelaciones incluye alguna que se refiera á la salud de nuestro augusto soberano...

—Pero... ¿habláis de veras, Padre?

—¡Pit!... Silencio, indiscreto.

—Entiendo. Pues, señor... preguntaré á las espiritadas. ¿Sabéis, ahora que lo recuerdo, que me convendría dejar á Asturias y establecerme en la corte?

—Lo creo.

—¿Y no hallaríais medio?...

—¿Eh?

—Digo que si acaso con vuestro influjo podríais...

—Ps... veremos... Quizá... Más adelante... Preguntad á vuestras espiritadas y escribidme lo que os digan.

Reflexión que hizo el dominico: ¿conque «veremos... quizá... más adelante?» Pues veremos, quizá y más adelante.

Carta del dominico:

«M. R. P.

Las espiritadas son maliciosas como ellas solas. A todo lo que les pregunto me responden: «Veremos... quizá... más adelante».

* *

El Padre Froilán, corregido y en-

mendado, repitió la pregunta al dominico de Cangas, y la acompañó de muestras inequívocas de afecto á su dominicana persona, y al cabo de cierto tiempo el demonio que moraba en las monjas, se hizo más comunicativo, y por boca de ellas dió algunas explicaciones, aunque no del todo satisfactorias.

Quiso la casualidad, ó quiso el cielo, que en una iglesia de Alemania, dedicada á Santa Sofía, hubo que exorcisar por entonces á unas energúmenas, ó séase endemoniadas, y el obispo de Viena, por conducto del emperador Leopoldo, que también por casualidad aspiraba á heredar el trono de España, remitió á Madrid lo que aquellos malignos espíritus habían revelado, lo cual estaba perfectamente de acuerdo con lo dicho por las monjas de Asturias, prueba de que el Demonio en aquella sazón no quería ó no podía engañar á nadie.

El rey se quedó un poco aliviado, pero perplejo, porque veía que si influjo tenían con el Demonio los favorecedores de las pretensiones francesas, influjo tenían también los que apoyaban las alemanas, y no sabía á quiénes mostrarse más agradecido.

Pero acortemos pormenores.

Lo cierto es que hubo cambio de secretarios y de servidumbre en Palacio, disputas de camarillas, destierro del confesor y enojo grave de la reina madre y proyecto de desterrarla; en resumen: todas aquellas cosas que en nuestros días se han repetido mandando los hombres de orden. Porque es de recordar que en aquel tiempo no hubo más que gobiernos de orden.

Entre tanto el pobre rey padecía unos escrúpulos... pero unos escrúpulos que parecen incompatibles con la presencia hipostática de Pateta en el cuerpo.

Dicen las historias:

«Y el rey hubo de comunicar con su eminencia (el cardenal Portocarrero) las cuitas de su pecho y los enojosos escrúpulos que sobre puntos diversos le acongojaban.»

Y en una confabulación palaciega, donde se meditó un golpe de Estado, decía D. Sebastián de Cotes á Portocarrero:

«El primer remedio que á S. M. debe en mi concepto aplicarse, es el que há menester para desterrar sus escrúpulos.»

Y á poco rato añadía:

«Dése mañana mismo nuevo confesor, que tome posesión de la conciencia del rey antes que éste lo piense ni imagine.»

Y añade otra historia:

«Conque el rey se determinó á declarar á su madre que en breve iba á llegar un nuevo confesor, pues el que había tenido hasta entonces le guardaba demasiadas consideraciones, y así no podía acallar sus escrúpulos.

Y á todo esto se iba poniendo cada día más malita la sacra, católica, real majestad, que así se le llamaba.

Su real cámara era todo menjurges, pócimas y ungüentos; aquella imagen de Dios se iba descascarando, carcomiendo, agrietando y endemoniando.

No le quedaba bueno nada sino un santo temor de Dios. Corría ya entre el vulgo el rumor de que el rey estaba hechizado, y los chisperos se lo decían al oído á los chisperos, y los matarifes á los matarifes y los clérigos á los clérigos.

Poco á poco notó el rey que le miraban de reojo, quizá que cuchicheaban cerca de él con disimulo (que sobre esto no he hallado datos en historia alguna), y por último, tan malo se sintió de cuerpo y de espíritu, que mandó llamar al inquisidor general y le comunicó sus sospechas.

Reuniéronse médicos, hombres políticos, grandes de España é inquisidores, trataron el asunto maduramente, y después de una consulta en que campearon la ciencia, la discreción y el buen juicio, resolvieron de común acuerdo encomendar el rey á Dios.

Después de esto, se preguntó á una endemoniada por el asunto de la enfermedad del rey, y el Demonio, aunque demonio, juró por Dios que el rey estaba hechizado y que el hechizo se lo habían dado en bebida á la edad de catorce años.

Este triunfo animó á los fieles vasallos y servidores del rey, que apretaron más y más al Demonio, el cual, por boca de las espiritadas monjas de Cangas de Tineo, declaró lo que vamos á copiar, tomándolo del proceso célebre á que dieron motivo los no menos célebres hechizos de Carlos II.

Era el 9 de Septiembre de 1698.

El vicario de las monjas cogió á una de ellas, la conjuró con todo el vigor que el caso requería, hizo prestar juramento al Demonio, y sostuvo con él el diálogo siguiente:

Vicario.—¿En qué se ha dado hechizo al rey?

Demonio.—En chocolate, en 3 de Abril de 1675.

Vicario.—¿De qué se confecionó?

Demonio.—De miembros de un hombre muerto.

Vicario.—¿Cómo?

Demonio.—De los sesos de la cabeza para quitarle la salud, y de los riñones para corromperle el sémen é impedirle la generación.

Vicario.—¿Hay original fuera ó señal exterior que se pueda que mar?

Demonio.—No, por el Dios que te crió á ti y á mí.

Vicario.—¿Qué persona fué, hembra ó varón?

Demonio.—Está ya juzgada.

Vicario.—¿A qué fin?

Demonio.—A fin de reinar.

Vicario.—¿En qué tiempo fué?

Demonio.—En tiempo de D. Juan de Austria, á quien sacaron de esta vida con los mismos hechizos, pero más fuertes, que le acabaron tan presto.

Esto y todo lo demás que el Demonio dijo fué comunicado al inquisidor general y al confesor, los cuales no se cansaban de mandar hacer preguntas al Demonio, que seguía domiciliado en el cuerpo de la religiosa de Cangas.

Al fin declaró que quien había dado los primeros hechizos al rey era una mujer que se llamaba Casilda y que el intermediario había sido Valenzuela, amante de la reina madre. También declaró el Demonio que los hechizos de la segunda vez los había hecho otra mujer llamada María, habitante en la calle Mayor de Madrid.

La correspondencia entre los que rodeaban al rey y el vicario de Cangas, era sostenida con una actividad digna de la causa del rey y de la causa del Diablo.

Los exorcismos eran frecuentísimos en el convento de Asturias, y debemos hacer justicia al Demonio, por muy enemigo nuestro que sea: en aquel suceso dió algunas pruebas de buen cristiano, haciendo revelaciones de grave importancia.

Se resistió, es verdad, porque al fin y al cabo había sido militar, y tenía algo del pundonor de la clase; pero sin duda recordando que era hechura de Dios y que el rey era su imagen en la tierra, hizo revelaciones útiles, que supongo deben constar debidamente legalizadas en su hoja de servicios, como circunstancias atenuantes para en su día.

El Demonio, pues, declaró que los médicos eran falsos y desleales al
(Continuará)

IMPRESA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS
MONSERRAT, 7.—MADRID